

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, SETIEMBRE 4 DE 1881.

CONVALECENCIA

LA NÚMERO 18

I.

Para toda cuestion existe una definicion en el dominio de las ideas. A esto debe atribuirse, sin duda, el desconcierto que reina en la esfera del pensamiento humano.

A las definiciones puede aplicársele el refran de quién mucho abarca poco aprieta.

En ningun sentido la definicion es conveniente ni necesaria. Ella debe fluir espontáneamente del estudio, del análisis y de la esposicion completa de los hechos.

Tambien la locura ha sido definida muchísimas veces. Pero con esto nada se ha conseguido.

Recordando que un autor ha dicho, que la enagenacion mental resulta de una perturbacion intelectual á causa de haber pasado el cerebro del estado de salud al de enfermedad.—Mas, hé aquí que los que entienden de medicina legal replican con esta pregunta filosófica y abrumadora: —¿Qué es la razon? ¿En qué consiste una sana?

En este laberinto del espíritu no existe, por desgracia, el hilo de Ariadna.

Son tantas y tan diversas las causas que producen el mismo efecto, que la observacion desorientada reconoce su impotencia al elevarse un poco para formar un juicio.

Y sin embargo, con que fuerza de lójica hacen su jornada estas aberraciones del entendimiento. Hoy es una distraccion pasajera, despues una monomania ó sea la preocupacion constante sobre una misma cosa y luego, la tabla rasa, delirio general y disparatado, embrutecimiento é inconsciente abyeccion . . .

II

Dionisia nació fea.

Esta crueldad del destino habia de labrar su desdicha en este vallo de lágrimas y miserias.

En vano ella buscaba para su tocado los colores mas chillones.

Ni por esto llamaba la atencion de los hombres.

El tiempo, en tanto, siguió su rápido curso y agregó á la fealdad de Dionisia treinta y seis inviernos.

Entonces la desgraciada perdió hasta su nombre de pila.

Los viejos, los jóvenes, y hasta los chucuelos al divisarla, exclamaban al punto: ahí viene *la solterona*.

Dionisia se apercibió de este cordon sanitario que la sociedad habia estendido ante ella y el espíritu de venganza inflamó su corazon.

¿Tenia ella la culpa de ser tan fea?

¿Entonces, porque huian al verla?

La injusticia social es un arma de dos filos: cuando hiera á un miembro la gangrena de la herida puede contagiar á todos.

En parte así sucedió, porque la venganza de Dionisia fué terrible.

Se constituyó en tirano del pacífico barrio donde habitaba.

Seducia á los chicos regalándoles confituras para averiguar vidas ajenas.

Cuando un amante esperaba en la esquina que quedara la calle solitaria para acercarse á dar suavemente tres golpecitos en una ventana, Dionisia con tal de desconcertar la trama se amanecia en la puerta de callo.

En fin, su lengua jamás estaba ociosa: si se le concluan las verdades tegia al punto mil embustes y calumnias.

Era el espíritu de la discordia: siempre en enredos y llevando cuentos.

Deslacia matrimonios concertados, seguia que riñesen amigas antiguas, en una palabra, allí donde habia un afecto acudia Dionisia para pulverizarlo.

¿Tenia ella la culpa de ser tan fea?

¿Sus vecinas habían contribuido en

algo para forjar la espléndida hermosura de que se mostraban tan orgullosas?

¿Su corazon no sentia las mismas necesidades de ternura y dulce correspondencia como el de las demas mujeres?

Pues entonces ella tenia derecho de perturbar la dicha ajena.

Estas eran las reflexiones que se hacia la infeliz Dionisia para acallar los remordimientos que alguna vez agitaban su conciencia.

El tiempo, en tanto, siguió su rápido curso y los burlones del barrio, agregaron á la fealdad de Dionisia, el mote de *señorita cuarentona*.

En esta época murió un hermano de Dionisia, dedicado al comercio desde muy jóven y en el cual habia levantada una fortuna considerable.

Por esta causa Dionisia salió de la mediania para elevarse á la mansion tranquila del *comfort* y las riquezas.

III.

En el barrio de la Concepcion habitaba un súbdito español, que habia conseguido alguna popularidad debida á sus exageradas pretenciones en materia de proyectos de casamiento.

A las niñas de familias ricas las tenia fastidiadas á fuerza de ridículos saludos y vulgares frases.

Estas altas miras de Don Roberto, que así se llamaba el Lovelace, no podian fundarse en su posicion social y mucho menos en su educacion.

Era dependiente de tienda, lo cual no obstaba que propalase por todas partes que el establecimiento entero le pertenecia.

Un día, como buen tendero conversando mientras despachaba, de novedades sociales, supo que Dionisia habia heredado una gran fortuna.

—Esta no me despreciará. pensó.

Al dia siguiente se vistió lo mejor que pudo compró unos lentes y fué á hacerle visita de pésame á Dionisia pretestando que habia mantenido relaciones comerciales con el hermano finado.

Entraba en el plan de Don Roberto preparar primero el terreno con un número

dado de visitas ántes de declararse; pero encontró que el terreno estaba ya preparado: en esta primer visita quedó el matrimonio completamente convenido.

¿Puede por esto hacersele algun cargo á Dionisia?

Ninguno! Su corazon estaba virgen de afectos, habian germinado en él tantos desencantos, que Don Roberto lo encontró perfectamente predispuesto para latir entusiasmado al eco de mil mentiras que hacia pasar por el mas verdadero de los sentimientos.

Pasado el luto se casaron.

La noche de la boda sucedió un episodio verdaderamente lamentable.

Al ir á la iglesia los novios, la casa quedó en poder de una sirvienta.

Un vecino que tenia motivos de resentimiento con Dionisia compró á la guardiana y se introdujo al lecho nupcial con un envoltorio debajo del brazo.

Destendió la cama y colocó entre sábana y sábana el bulto que llevaba.

Al cabo de cinco minutos lo sacó y volvió á arreglar el lecho.

Dionisia y Don Roberto no durmieron esa noche.

Se daban vueltas y mas vueltas y no encontraban posicion que les viniera bien.

Mal empezaba la luna de miel.

Decia Dionisia para sí: Paciencia, ¿qué importa que tenga pulgas, si es joven todavía? Asi y todo ya lo querrian para marido las mocozuelas del barrio que me critican de pura envidia.

Y murmuraba Don Roberto, como buen español: Tate con la tia esta: ademas de vieja habia sido pulgienta: mire Vd. que noche toledana la que voy á pasar: pero en fin, es menester sufrirla por la cuenta que me traen sus reales.

El bulto que el vengativo vecino habia colocado en la cama habia sido un perro flaco, que como dice el refran, todo son pulgas.

IV.

Dionisia le confió á su esposo la administracion de todos sus bienes, otorgándole un poder general sobre ellos.

Tampoco, por esto, púedesele hacer ningun cargo á la infeliz.

Cuando el amor llega á apoderarse de un corazon en edad tardia se aferra al objeto amado como la crispada mano del náufrago al madero que la casualidad le ofrece.

Ademas, una persona que bien ama no recela jamas de la honradez de su amante.

En ese periodo de la pasion no se piden pruebas, sino que se trata de darlas.

Don Roberto, realizó en efecto todos los bienes de su esposa y un día, el mas inesperado, se embarcó con destino á Europa.

Su cinismo llegó hasta dejarle á Dionisia una carta en que la satirizaba llamándola vieja y revelándole que su dinero le proporcionaria el amor de todas las suripantas de la coronada villa.

Dionisia habiera resistido el olvido, se habria mostrado fuerte para el despojo de su fortuna, pero el insulto atroz de llamarla vieja, concluyó con su razon.

Pobre y sin familia, la autoridad interino y hoy hace trece meses que se encuentra asilada en la Convalecencia ocupando la celda número 18.

El domingo la visitamos. Su aspecto entristece. Se habia peinado haciéndose unos jopos estrambóticos y el vestido lo tenia sembrado de lazos de bayeta colorada.

Uno de los concurrentes le preguntó: —¿Cuantos años tiene Vd.?

La loca hizo una mueca horrible y contestó melosamente:

—¿Que no tiene ojos para ver? Sin duda Vd. ha hablado con los que engañaron á Roberto: si no he nacido todavia!

Uno de los practicantes nos cuenta que sufre alucinaciones y que en ellas no olvida su mania sobre la edad.

A veces le parece oír el ruido del tramway que se acerca.

Entonces grita:

—¡Pare, mayoral!

Da unos pasos y se sienta

Despues se forja la ilusion de que el mayoral le presenta el boleto y le contesta:

—¿Qué es esto? ¿Porqué me dá Vd. boleto?

¿No vé que no he cumplido tres años todavia?

Agosto 31 de 1881.

A VICTOR HUGO

I

La negra selva por doquier! el viento
Como inquieto lebre! encadenado
Ahullando en la espesura!
La noche eterna por doquier! el cielo
Como un mar congelado,
Y el mar como una inmensa sepultura.

II

Era la edad, en que la densa noche
Del polo sobre el mundo se estendia,
La noche de la calma aterradora,
En cuya soledad, lóbrega y fria
Como raudal helado, dormitaba
La sávia engendradora!

No hay noche sin mañana...
En el cielo, en la historia, donde quiera
La sombra es siempre efimera y liviana,
La nube, por mas negra, pasajera;
Y aquella noche al fin iba á rasgarse
Como inmensa, flotante vestidura.
Preludios de gorgeos, ruidos de alas,
La alegria del nido en la espesura,
Flotaron en la atmósfera ligera,
Y antes de desplegar la luz sus galas
Entonó un ave la cancion primera!

Al eco de la insólita armonia
La tierra despertó—La selva oscura
Con ansia de volar, batió las ramas;
Misteriosa y estraña voceria
Se alzó del mar en la siniestra hondura,
Cual si ensayasen sus salvages himnos
La borrasca y la tromba asoladora,
Y de la informe larva del abismo,
Mariposa de luz, surgió la aurora!

III

Tambien la historia tiene
Torvas noches de horror, como el oceano,
Noches glaciales en que duerme todo:
La vida, el arte el pensamiento humano.
Tambien como en la selva primitiva
De mustias cicadeas,
La savia del espíritu dormita,
Sin reventar en frutos, ni cuajarse
La flor de las ideas!

V

Olvidada de Dios, Judá apuraba
La copa del placer—En sus altares,
Los idolos estraños recibian
Cobarde adoracion—No era la esposa
Sencilla del Cantar de los cantares,
No era la Virgen de Israel, gallarda
Como las palmas de Samir: ajada
La tez de rosa y ulcerado el pecho,
Con inquietud fébril se revolcaba
Del vicio impuro en el candente lecho!

Viento de corrupcion!—Viento de muerte
Soplaba sobre el mundo—Babilonia,
Del deleite en los brazos reclinada,
Ceñida la guirnalda, flaco el brazo
Para blandir el hierro,
Y á la orilla del Eúfrates sentada,
A los pueblos vecinos daba cita
En las lúbricas danzas del Becerro
O á la sombra del mirto de Mylita!

El mundo iba á morir—como Bacante
Ebria al compás de báquicas estrofas,
Al son de besos, al rumor de orgías,—
Cuando á las puertas del cerrado templo,
Torro y airado apareció Isafas!

Dos razas batallaban
En campo estrecho con furor insano—
La vieja raza de la Historia, aquella
Señora un tiempo del destino humano,
Abuela de naciones—
La que templó sus armas
Al sol de Arabia y abrevó en las ondas
Del Indus y del Tigris sus legiones,
Y la raza nacida
Del sol levante al ósculo de fuego;
Que llevaba en la frente
La centella de luz del génio griego!

VII

Ya Roma, no era Roma, la que un día
Encadenó á su paso la fortuna,
La Roma de los grandes caracteres—
Mudo el foro, desierta la tribuna,
En sus plazas y circos no se oía
Mas que el rumor de esclavos y mujeres
En bulliciosa confusión danzando
Al son lascivo de los himnos griegos,
O el palmotear de cortesana impura
Del vil histrion en los obscenos juegos—
Ya Roma, no era Roma—No anidaban
Del Aventino en la gloriosa cima,
Emblema de una raza gigantea,
Las águilas del Júpiter Tonante,
Sino en mansa, blanquísima bandada,
Las palomas de Venus Citerea!
Dormido estaba el rayo—como duerme
En el monte la lava rugidora
Y en la cumbre el turbion—Llegó la hora,
Y el rayo despertó—Vibró en la lira
De Juvenal, no en caprichoso alarde,
De dulce verso ó de cancion sonora,
De torpe mofa ó de cobarde duda,
Sino implacable, acerbo, burilando
En carne viva la comun afrenta.
Némesis vengadora, el duro azote
Alzó sobre la sien calenturienta
De aquel rebaño humano,
Y fué marcando con eterno mote,
A la falsa virtud, al crimen pálido,
Al vulgo y al tiranól

VIII

Eclipse de la historia, la Edad Media,
Crepúsculo sin dial
Pesaba sobre el mundo; como inmenso
Torrente de tinieblas despenaño
Del ancho cielo en la estension vacía—
Astro sin luz, el pensamiento, mustia
Lámpara de un altar abandonado
Que el cierzo helado azota,

Al través de las sombras perseguia
De un prometido bien la luz remota!

Dante entonces, noctámbulo divino
Bajó del corazon al antro oscuro
A descifrar la letra del arcano,
La misteriosa cifra del futuro—
Y con voz, ora triste y ora grave,
Mezcla á veces de cántico lamento,
Dijo á la muchedumbre horrorizada:
Quien sabe de dolor, todo lo sabe!
Y de su siglo la conciencia helada,
Se despertó á su acento!

IX

Siempre al cambiar de rumbo en el desierto
La caravana humana, halla un poeta
Que espera en el dintel, alta la frente
Coronada de pálidos luceros,
Sacerdote y profeta,
Para enseñarle el horizonte abierto
Y bendecir los nuevos derroteros!

A tí te tocó en suerte, soberano
Del canto inmortal Hugo!
La mas ruda jornada de la historia—
Ya no es una nacion que rompe el yugo
De la opresion, ni el canto de victoria
Tras las horas durísimas de prueba—
Hoy es la humanidad que se emancipa!
Hoy es la humanidad que se renueva!
Todo lo tienes tú, la voz de trueno
Del gran profeta hebreo,
Fulminador de crímenes y tronos!
El grito fragoroso del que un día
Encarnó, para ejemplo de los siglos,
La idea del derecho en Prometeo,
La cuerda de agrios tonos
De Juvenal, aquel Daniel latino,
Tremendo justiciero de su siglo,
Y el rumor de caverna, de los cantos
Del viejo Gibelino!

Todo lo tienes tú! por eso el cielo
Te dió tan vasto sin igual proscenio,
No hay notas que no vibren en tu lira,
Espacios que no se abran á tu genio—
Cantas al porvenir, y los que sufren,
Esclavos de la fuerza ó la mentira,
Sienten abrirse á sus llorosos ojos
De la esperanza las azules puertas!
Apostrofás al tiempo y se levantan—
Mágico evocador de edades muertas!
Como viviente, inmenso torbellino,
Razas estintas, pueblos fenecidos,
Fantasmas y vestiglos,
Para contarte en misterioso idioma
La colosal *Leyenda de los Siglos!*

Desde aquí, teatro nuevo
Que Dios destina al drama del futuro,
Todo lo tienes tú! todo lo fuiste:

Profeta, precursor, martir, proscrito—
Gigante en el dolor te levantaste
Cuando en la noche lóbrega, sentiste
Temblar los mares, vacilar la tierra
Con pavorosa connoccion estraña,
Cual si un titan demente forcejease
Por arrancar de cuajo una montaña—
Era Francia, montaña en cuya cumbre
Anida el génio humano,
La Francia de tu amor, que tambaleaba
Herida por el hacha del germano
Y arrojando la lira que cantabas
La *Cancion de los Bosques y las calles*
Fuiste á tocar llamada
De Paris sobre el muro ennegrecido
En el ronco clarín de Roncesvalles
Razas libres te admiran y se mezclan
Al coro de tu gloria—
Orfeo que bajaste
En busca de tu amante arrebatada,
La santa democracia,
A las mas hondas simas de la historia!
Desde aquí te contemplan
Entre dos siglos batallando airado
Y arrancando á la lira,
La vibracion del porvenir rasgado
O el triste acento de la edad que espira!
Y al traves de los mares,
Astro que bajas al ocaso, envuelto
En torrentes de llama brilladora,—
Entonando tus cantos seculares
Te saludan los hijos de la aurora!

OLEGARIO V. ANDRADE.

Agosto de 1881.

PARLA

Chalchal nos ha dirigido unas lineas.
Vamos á contestarlas.

Hemos dicho que los *Cuentos* de la Señora Eduarda Mansilla de Garcia, no estaban á la altura de su inteligencia y de su ilustracion y lo repetimos; por mas que el escritor Lastarria colme de elogios á la autora de *Chimbrú*.

Muy justos y merecidos serían estos, tratándose de la crítica literaria que sobre el poema de Longfellow, escribió la Señora Garcia.

Aquella es un modelo en su género, como *Chimbrú* es un mal principio.

En nuestro concepto, *Chimbrú* es un cuento detestable, que carece de originalidad y de inventiva.

Es moral, pero no encontramos en él, ni frescura en las ideas, ni correccion en el estilo.

La Señora Eduarda Mansilla de Garcia

es una mujer de talento y tenemos el derecho de exigirle algo digno de leerse.

Tratándose de una literatuela de pacotilla, no nos hubieramos tomado el trabajo de hojear su libro, ni menos de criticarla, pero cuando la autora es una notabilidad como la Señora Garcia, no leemos, devoramos las páginas de ese libro.

Se nos dice que no debe causar extrañeza el que tengamos tan en menos los *Cuentos* de la Señora Garcia, pues que rechazamos como cuentista digno de imitarse al maestro renombrado Andersen.

Conoce *Chalchal* los cuentos alemanes *Flores y Estrellas* de Claret?

Si los ha leído, convenga con nosotras, que son mas lindos que los de Andersen y que bien merecen la pena de imitarse, no le citamos otros autores, por que la lista seria larga.

El mejor cuento del libro de Andersen es el titulado: *Los vestidos nuevos del gran duque*.

La Margarita, El Angel, Los cisnes silvestres, y La niña y los fósforos, no nos agradan, aunque la Señora Eduarda M. de Garcia, sea admiradora del *género* de Andersen. Esto es cuestion de gustos.

* *

No negamos que Boccaccio, usa un lenguaje bastante libre en algunos de sus cuentos, pero como dice el autor: aquellos ó aquellas que lean mis historietas tienen libre la eleccion. Escojan las que les acomoden y dejen á un lado las demas. Al frente de cada una de ellas hay un título que indica su objeto.

Quien dejará de leer: *Saladino, El cretulo, Los calzones del juez, Los consejos de Salomon, El sueño realizado, El avaro corregido, El criado jugador, La justicia es la virtud de los reyes, El engañador engañado, Donde las dan las toman, El sortilegio ó el cerdo de Calandrino?*

Son inmorales estos cuentos?

Nó.

Mas inmoral es la novela de Teófilo Gauthier, *Madlle Maupin*, y sin embargo, en cualquier biblioteca de familia se encuentra, como *La dama de las Camelias, Las mil y una noches, Valentina, Las confesiones*, y otras novelas é historias que se leen sin escrúpulo.

* *

Antes de poner punto final á estas mal perjeñadas líneas, le diremos á *Chalchal*, si hemos criticado los cuentos de la es-

critora argentina, es porque reconocemos en ella una inteligencia poderosa y esperaba mas, mucho mas, de su ilustracion y talento.

Que aplauda el escritor A, ó el critico B, sus *Cuentos*, nosotros nos quedamos con la critica literaria de *Evangelina* que vale por todos sus cuentos escritos y por escribir.

FLOR DE LIS

Belgrano, Agosto 29 de 1881.

EL MAR

A mi amigo Julio J. Alvarez.

Quando la noche tiende
Sus gigantescas álas
Sobre la faz oscura
Del turbulento mar:—
Como un titan herido,—
Las olas se revuelven,—
En torno de las rocas
Girando sin cesor!

El sol que se despide,
Sumerge entre la sombra
De los lejanos montes,
Su luminosa sien:—
Entónces, hasta el cielo,—
La mar desenfadada,
En pos de sus caricias,
Se quiere alzar tambien! . .

Mas rápidas que el potro
Que cruza las llanuras,
Las olas, todas juntas,
Acuden en tropel:
Se empujan, ruedan, saltan,
Palpita el torbellino,
Y el vértigo, palpita
Como su engendro, en éll . . .

Lo veis? . . . parece un lecho
De pálidas espumas,
Para que duerma el hombre
Sin pena y sin afan;
Pues al viagero arrullan
Los gritos del torrente,
Y arrulla á los marinos
La voz del huracan! . . .

¿Quién sondeará el arcano
Que ocultan sus entrañas? . . .
Si el lábio lo interroga,
Se siente enmudecer;
Y nadie pudo nunca
Llegar á sus orillas
Sin doblegar la frente,—
La inmensidad al ver! . .

El mar! . . . lo contemplaron
Mis sueños de poeta,
Allá, de los umbrales
De la inocente edad;
Y ainé, cuando era niño;
Sus calmas, bonancibles . . .
Pero hoy, amo tan solo
Su ronca tempestad! . . .

No busco ya, como antes,
La aurora que despierta,
Mientras el astro de oro,
Surgiendo vá veloz;
Ni al himno misterioso
Que cantan las ondinas,
Me duermo en la ribera
Soñando con su voz! . .

No sigo entre la curra
Movable de sus aguas
La nube, que en el éter
Parece un ave azul;
Ni del bajel errante,
La estela fugitiva;
Ni aquella bruma diáfana,
Ligera como un tull . . .

Las algas de sus bordes,
Contáronme en secreto
Lo que jamás, alguno,
Soñando imaginó;
Y ante mis ojos, ávidos
De escudriñar lo ignoto,
El libro del misterio,
Sus páginas abrió!

El pensamiento humano
Tiene álas como el cóndor,
Y como el mar, tiene horas
De dulce brillantez:
Pero si el viento airado
De las pasiones ruge,—
El mar antes tranquilo,—
Será turbion despues!

La vida es el combate
Sin tregua de un momento,—
El hombre es el guerrero,—
La liza, el corazon:
Allí, viven luchando
La luz y las tinieblas,
Y en ese mar,—las dudas
Hirvientes olas son! . . .

LEOPOLDO DIAZ.

Setiembre de 1881.

NOVEDADES.

En la noche anunciada tuvo lugar el concierto en el Club Union Argentina. Es-tuvo lindísimo.

Comenzó por el Himno Brasileiro de Gottschalk tocado en el piano por la distinguida aficionada señorita Maria Martinez cuyas disposiciones y conocimientos en música son notorios, pero en ese momento no estuvo muy feliz la señorita de Martinez lo que no es de extrañar teniendo en cuenta que no siempre está el ánimo dispuesto para tocar delante de una concurrencia numerosa.

Signió á esta parte del programa una bellissima poesia del poeta Martin Coronado, inmejorablemente recitada por el Sr. D. Adolfo Mitre.

Luego el Sr. Durañona cantó el ária de *Macbeth*. La escuela de canto de Durañona es mala, ó mejor dicho carece de ella, pero su voz es la mas poderosa y simpática que hemos oido, inclusive todos los baritonos que han venido á nuestros teatros.

El *tercetto* de *Lucia* para violin, violoncello y piano fué perfectamente ejecutado por la señorita de Rodriguez y los jóvenes Huergo.

Empezó la segunda parte del concierto por una preciosa fantasia alemana ejecutada en el piano con limpieza y elegancia por la señorita Elena Nickolson.

Muy merecidos fueron los aplausos que le tributaron á la bella pianista.

La señora de Basail recitó una poesia de Larra titulada *La oracion de la tarde*, con acompañamiento de piano. Gustó mucho, pues fué perfectamente ejecutada.

Una de las mejores partes del concierto ha sido el *Baile de Máscaras* que tocó en la flauta el joven Carlos Olazabal, acompañado al piano por el Sr. Celestino. Tocó admirablemente bien, con limpieza y sentimiento.

La señorita Sara Huergo ejecutó en el violin el septimo concierto de Beriot que apesar de ser muy difícil lo interpretó muy bien y fué justamente aplaudida.

Con esta lindísima pieza que tantos recuerdos tiene para los que hemos oido á Dngremont debía concluir la fiesta, pero el Dr. D. Manuel Quintana pidió á Durañona otra pieza de canto y este señor accedió haciendo oír la dulce barcarola compuesta por Miguel Moreno, titulada *Vieni linda*.

Inmediatamente de concluir el concierto los caballeros arreglaron las sillas al redor del salon y se organizó un baile. Este duró hasta las dos de la mañana reinando la mayor animacion y alegría.

Los arreglos que se hacen en el Club del Progreso para el baile que se dará

próximamente están ya por concluirse. Hay un lujo asombroso.

Aquello promete estar magnífico. Ya procuraremos algunos datos para hacer una crónica.

Los bailes en casas particulares se suceden sin interrupcion.

Las familias de Alvear, de Irigoyen, de Carranza, de Montú, de Pacheco, de Campos, de Villafañe, de Lausson, de Ortiz y muchas otras igualmente distinguidas han obsequiado á sus relaciones proporcionándoles deliciosos momentos sociales.

Se han repartido las esquelas para una tertulia que tendra lugar la noche del 3 de Setiembre en casa del Sr. D. Faustino Miñones.

Conociendo la galanteria de los dueños de casa y las invitaciones debemos creer que será una noche inolvidable.

¡Bendita sea santa Rosa de Lima!

¡Ah, sí, bendita sea!

No les parece á Vds. que ha sido muy benéfica la lluvia, y debemos bendecir á la santa que nos la ha enviado?

Agosto de 1881. MARIA.

EL CANTO DE UN GONDOLERO

«Ven á mi góndola dulce alma mia, mi único sueño, mi único amor, ven y escuchemos la melodía que el mar entona murmurador.»

«Oye: en un éxtasis de afán te aguardo y no me atrevo ni á respirar, que á cada instante tu paso tardo sobre la arena pienso escuchar!»

«A cada onda del aura leve, á cada rayo de nueva luz, á cada hoja que el aire mueve yo me estremezco—¡creo eres tú!»

«Ven mi Sirena!—La barcarola de mis amores quiero entonar... ven pronto!—mira: . . . no ves la ola en las arenas jugar?»

«¿Porqué no vienes?—Ya las estrellas lanzan sus rayos con esplendor... y tú mas blanca, mas pura que ellas porque te ocultas, porqué mi amor?»

«Ya de la luna la faz radiosa doquier esparce pálida luz... porqué te ocultas, si es mas hermosa la suave lumbre de tu virtud?»

«Ah! como tardas!—nunca las horas me presentaron lucha tan cruel;—de mil ideas abrumadoras ah! me anonada fatal tropel.»

«Oh Dios!—¿Ya vienes?—Nó, q' era una hoja que el viento á un árbol arrebató! . . . ¿será el emblema de mi congoja, será el emblema de mi dolor?»

«Yo sé que me amas!—¿Qué fuerza puede tus compulsiones contrarrestar?—¡Solo la muerte; solo á ella cede el santo anhelo del Ideál!»

«Dios mío! . . . Pasos entre la vega mi afán creciente hízome oír! Cielos! . . . ¡Es Ella!—Ella que llega!—«Alma de mi alma!—¡Ya soy feliz!»

II.

Oyóse un rumor de besos. . . varias fraces, no acabadas, un arrullo indescrípible, y, despues, á la distancia, el eco igual que producen los remos sobre las aguas.

III.

Yo quedé triste. . . sobre enhiesta roca la frente entre mis manos reclinada. . . me vi solo, sin patria, sin amigos. . . y. . . sentí sobre el mar caer mis lágrimas!

F. SOTO Y CALVO.

Setiembre de 1881.

RODOLPHE TOPFFER

NOVELAS GINEBRINAS

No es aventura de todos los dias encontrar un libro agradable, interesante y lleno de atractivo. El gusto fatigado del público moderno exige de los escritores de la época, no ya la manifestacion sincera de sus sentimientos ó la pintura fiel de la naturaleza, sino esfuerzos violentos, originalidades destempladas ó exageraciones sin limite.

Viajando por la Suiza, vi en la vidriera de una librería, un libro así titulado: «Nouvelles Genevoises, par Rodolphe Töpffer.» Lo tomé como un producto del pais, aunque temeroso de encontrar, me una série de narraciones en que el hielo y la nieve hicieran el principal papel.

Julio Verne en su admirable viaje al polo Norte ha dicho la última palabra sobre esos cuadros desolados de la naturaleza en el hemisferio ártico.

El capitán Mayne-Reid, que después de haber escrito tres ó cuatro romances de primer orden, se ha dedicado á fabricar novelas, la mayor parte detestables, tiene también algunas páginas admirables sobre la vida entre los hielos.

Nada nuevo esperaba, pues, de Töpffer; un ligero sentimiento de curiosidad me hizo abrir el libro y un atractivo poderoso leerlo casi de un aliento.

La mejor manera de hacer conocer su estilo, sus ideas, su método, en una palabra, sería traducir una ó dos de sus fantasías, pero el trabajo de traducción, pesado y mecánico, es superior á mis fuerzas.

Sería inútil buscar en las novelas de Töpffer la poderosa originalidad de Poe ni la intensidad del pensamiento de Hugo.

Lo que encanta, lo que seduce en ellas, es la sencillez, la admirable sencillez en el estilo, en la trama y en la exposición. Reflexiones sutiles, observaciones que muchas veces detienen ante su elocuente exactitud, imágenes deliciosas, figuras purísimas, llenas de luz, encantadoras, tales son los rasgos generales de esos romances tan naturales como hermosos.

Nada iguala la simplicidad: no ya esa prosa vulgar, ese estilo que se arrastra á fuerza de ser común y que muchos escritores usan para hablar al pueblo inculto y soez.—Eso no es literatura, eso no es arte.—Toda manifestación artística tiene sus reglas invariables: muchas veces la simplicidad de un contorno ó la suave graduación de una media luz, deben su belleza á la sencillez misma de la ejecución.

Pocas narraciones he leído en mi vida más llena de atractivos que la que Töpffer hace de los dos primeros años de su existencia bajo el título de «La Biblioteca de mi tío.»

Dos figuras aparecen en primer término, netas, definidas, dibujadas primorosamente, llenas de vida y vigor.

Un noble anciano, grande y generoso, viviendo entre sus libros, gozando entre sus pergaminos cubiertos de aforismos antiguos.

Un niño que se va transformando en hombre, sensible, tierno, entusiasta, enamorado del amor, sediento de curiosos, tímido como una gacela.

Luego vienen las figuras que se agitan en segundo término, no menos completas, no menos bellas por su posición secundaria.

Uno de los rasgos distintivos de las

buenas obras, es que en ellas no hay figuras ni personajes realmente de segundo orden.

Shakespeare cuida cariñosamente desde su héroe hasta el último de los seres que se agitan en el vasto cuadro de sus dramas.

En Hamlet, el sepulturero es un personaje de primer orden y no hace más que aparecer un instante—Del mismo modo el viejo que vende á Romeo el veneno fatal, llama á sí la atención desde el primer momento.

La obra de más aliento que el pincel de un artista haya emprendido, es á mi entender el «Juicio Final» de Miguel Ángel. Delante del muro inmortal que lo contiene en la capilla Sixtina, he estado horas enteras contemplando ese hacinamiento portentoso de figuras raras, desoladas, imágenes terribles del dolor, del arrepentimiento, sin que en ninguna de esas fisonomías contraídas, desencujadas, brille el rayo divino de la esperanza.

Arrancadas una por una, deshaced ese mundo infernal y cada condeado, desde el que en el primer término se aferra en la barca de Caron, hasta el que se pierde en las nieblas del fondo, os presentará en su espléndido conjunto la idea entera del autor;—cada uno vive por sí, porque á cada uno dió el Buonarrotti un alma propia.

En el Laocoonte, en el grupo admirado de Fedi, que se levanta en la plaza de la Señoría en Florencia, al lado del David de Miguel Ángel, del Peseo de Benvenuto, de las Sabinas de Juan Bologna, sin que esa vecindad lo ofusque, cada figura es un poema concluido, perfecto.

En fin, la estatua que hoy causa la admiración del mundo entero, la Venus de Milo, formaba parte de un grupo; probablemente estaba recostada sobre el hombro de un Marte. Y hay nada, entre antiguos y modernos, que haya alcanzado esa perfección?

Es que las inteligencias verdaderamente artísticas no pueden sufrir la mediocridad, no fabrican personajes: condensan en el mármol, en la tela ó en el libro, las visiones de sus sueños poéticos.

Töpffer en su escala y en su género, ha seguido el proceder de los grandes maestros, lo que prueba que era realmente artista.

No conozco nada más encantador que un pequeño episodio de «La biblioteca de mi tío.»

Una tarde el estudiante está en su ventana que dá sobre la calle, dejando vagar el pensamiento por esos campos

dorados tan queridos á las imaginaciones jóvenes, habitados por las fantasmas del amor y de la gloria.

El viejo tío se encuentra en su biblioteca, sumergido en las reflexiones que le sujeta la superioridad de la edición Buxtorf sobre la de Cresius de la Sagrada Escritura.

De pronto una niña de figura angelical, grandes ojos negros, pelo brillante como el ala del cuervo, fisonomía inteligente pero velada por una expresión dolorosa, se detiene un instante en la calle como indecisa, hasta que entra resueltamente y sube á la biblioteca del tío Tom.

El joven, cuyo cuarto no está separado de ese santuario, más que por un débil tabique, tiende ávido el oído.—Algunas palabras hebreas llegan hasta él y pronto vé salir á la joven con un libro—La sigue con la mirada y la vé entrar al hospital que está frente á su casa.

Es una judía que ha venido á pedir un libro para distraer las tristes horas de su padre moribundo.—El anciano muere y la pobre niña, que ha tomado el germen de su enfermedad durante las largas horas de velada, lo sigue bien pronto á la tumba.

Vuelvo á repetirlo; nada más vago, más triste, que esa figura melancólica que aparece un instante rodeada de la luz del martirio para ir á perderse en las sombras de la muerte, como una exhalación silenciosa en medio de la noche.

Ahí está el arte verdadero, ahí está la chispa divina: de cuatro rasgos de pluma, crear un ser bello y simpático al corazón y hacerlo representar en su sencillez todo el poema colosal del dolor humano.

Esa visión pasajera deja en el alma del joven una impresión poderosa y tenaz; todas las fuerzas de su vida, concentradas en un cariño mudo y profundo, parecen aniquilarse cuando el astro cae.

Más tarde, la acción del tiempo se hace sentir y sobre las ruinas de ese dolor agudo, nace otro sentimiento tierno y suave otro amor inspirado por la virtud de una niña que es la paz y la esperanza de su hogar.

Sin afectación, sin la pretensión de una disección moral, hay allí un estudio del alma que podría ser firmado por Dumas hijo ó Sandeau.

En la «Herencia» hay cuadros admirables de los que también se destaca una figura angelical, miembro de esa familia ideal cuyo primer tipo fué creado por Goethe en Mignon.

Abi tambien es el estudio de un corazon el motivo de la tela; pero la originalidad del estilo, la precision de ciertas ideas y la justeza de algunas observaciones, hacen de ese romance una pieza caprichosa y escepcional.

Luego vienen una serie de aventuras en las escursiones de las montañas, alegre y elegantemente narradas en «Le col d'Anterne,» «El lago de Gers,» «El valle de Trient,» «La travesia,» «El grand San Bernardo,» etc.

En todos esos bosquejos, la parte narrativa domina en general, no quedando a las descripciones mas que la parte esencialmente necesaria.

No sé si será ese el encanto que encuentro á esas narraciones: pero la verdad es que nunca he podido sufrir el género descriptivo.

Balzac, deteniéndose ante una casa de un pueblo de provincia y describiendo con una minuciosidad matadora desde el portal á la cocina, empleando en ese trabajo de hormiga unas doscientas páginas, es perfectamente insoportable.

Como modelo en su género, debe siempre citarse á Teófilo Gautier, cuya pluma admirable tenia el colorido del pincel:— nada iguala á algunas páginas de «Mademoiselle de Maupin» ó «El capitán Fracasse.» Sin embargo y apesar de la admiracion sincera que tengo por el primer crítico francés, pese á Saint-Beuve y á Janin, son precisamente esas páginas las que menor impresion han dejado en mí. No creo que la pluma alcance nunca al pincel; y si una escena flamenga de Quentin Masys encanta por la sencillez y la verdad, por cierto que la descripcion de una pieza de taberna en que cuatro holandeses toman cerveza, servidos por una vieja, seria pesada y fastidiosa.

La pluma debe ser el pincel del alma: la música y la literatura tienen el ancho campo del ser subjetivo. Quede á la pintura y la estatua el mundo exterior.

Solamente, en la elocuencia infinita de la armonia caben todas las manifestaciones del universo, desde el sentimiento íntimo del corazon humano, hasta las vagas expresiones de la naturaleza.

Por eso, donde la voz de la poesía se detiene agotada, el ritmo musical se hace oír vigoroso.

Donde Shakespeare y Byron no llegan, Meyerbeer y Gounod se mueven como en su centro habitual;—jamás un verso de Musset, Bürger ó Leopardi, esos príncipes del arte, igualó una melodía de Bellini ó

Töpffer, como lo he dicho mas arriba, tiene el encanto del estilo, la armonia suelta y fácil de la frase, la elegancia del período. Son esas llamaradas de espíritu que sostenian la narracion del viejo Dumas en sus buenos tiempos, sin ese brillo intenso de Saint Victor que hacia decir á Lamartine que era necesario leerlo con anteojos para que la vista no se ofendiera, hay en Töpffer un encanto especial, cuyo efecto inmediato es un agrado continuo y la ausencia completa de todo fastidio.

En cuanto á las pocas páginas descriptivas, son de colorido admirable. Töpffer no exhumaria un mundo perdido entre las nieblas de la historia, como Gustave Flaubert; pero el autor de «Salammbó», no pintaria como él un paisaje encantado del Lago Lemán, en una tarde de verano, mientras el sol se oculta tras la cima del Monte-Blanco.

Uno de los héroes de Töpffer es pintor: el viejo tío Tom, el bibliómano, opina á sus arranques artísticos su calma de coleccionista y aunque habia escrito sobre la glíptica griega y conociese de memoria las obras de Fidias y las tres maneras de Rafael, el buen señor entendia poco de las artes de dibujo. Semejante en ésto á esos hombres á quienes la naturaleza ha negado por completo el sentimiento musical y que á fin de no quedar atrás en una discusion, leen y releen todos los volúmenes de crítica que caen en sus manos y no pudiendo ser melómanos, se hacen eruditos.

En cambio, el sobrino del viejo Tom es un verdadero artista. Sus ideas, impregnadas de un idealismo que hubiera hecho la delicia de Gautier, son siempre nuevas, frescas y vigorosas; cuando habla de un cuadro, la tela se presenta á la mirada y al través de la página del libro se adivina el colorido y el dibujo.

Durante diez dias, el volúmen de Töpffer fué mi único amigo. Muchas veces encantó algunas horas de las que para el viajero solitario vienen acompañadas de una nube de tristeza.

Estas líneas, pues, mas que un estudio, son un simple recuerdo de viaje.

MIGUEL CANE.

LA PRIMAVERA

El sañudo huésped de los polos, se va.
Ya comienza primavera empieza á

cubrir los campos y prados, con su manto de esmeralda.

Los canoros trovadores de las selvas, sacuden sus alitas y tienden el vuelo á las regiones infinitas, lanzando al aire sus melifluos gorgoros de suavísima dulzura.

Es muy bella la primavera.

Hay poesía en sus mañanas y en sus tardes perfumadas de aromas.

El chuf chuf de la parlara golondrina; el canto melodioso del zorzal en el ramaje; el tinte sonrosado del crepúsculo; el murmurio cadencioso de la fuente; la luna que riela las dormidas aguas del lago y esa vaguedad extra-terrestre que parece desprenderse de la naturaleza, habla al alma el lenguaje sublime de los cielos.

Hay luz, hay amor, hay armonia, en esas melancólicas noches.

Oh ¡Primavera! sonriente primavera! mi corazon muerto para las alegrías del mundo, te saluda con el himno arrobador de la esperanza.

El ideal de la belleza suprema, solo se encuentra en tus poéticas y encantadoras noches.

Bendita seas tú ¡oh Primavera! sonriente primavera! que vuelves su lozania á las flores marchitas por el helado soplo de los inviernos!

FELVINA I. DE NAVILL.

Quilmes, Agosto 30 de 1881.

EL DOS DE MAYO

(Conclusion).

Suelto, à otro lado la madeja de oro,
Mustio el dulce carmin de su mejilla,
Y en su frente marchita la azucena,
Con voz turbada y anhelante lloro,
De su verdugo ante los piés se humilla
Tiñida virgen, de amargura llena;
Mas con furor de hiena,
Alzando el corvo alfañe damasquino,
Hiende su cuello el bárbaro asesino.
¡Horrible atrocidad!... Treguas ¡oh musa,
Que ya la voz rehusa
Embargada en suspiros mi gargantal
Y en ignominia tanta,
¿Será que rinda el español bizarro
La indómita cerviz á la cadena?
No, que ya entorno suena
De Pálas fieru el sanguinoso carro,
Y el látigo estallante
Los caballos flamígeros hostiga.
Ya el duro peto y el arnes brillante

Visten los fuertes hijos de Pelayo.
Fuego arrojó su ruginoso acero:
¡Venganza y guerra! resonó en su tumba;
¡Venganza y guerra! repitió Moncayo;
Y al grito heroico que en los aires zumba,
¡Venganza y guerra! clama Turia y Duero.
Guadalquivir guerrero
Alza al bélico son la régia frente,
Y del Patron valiente
Blandiendo altivo la nudosa lanza,
Corre gritando al mar: ¡Guerra y venganza!
¡Oh sombras infelices
De los que aleve y bárbara cuchilla
Robó á los dulces lares!
¡Sombras inultas que en fugaz gemido
Cruzaís los anchos campos de Castilla!
La heroica España, en tanto que al bandido
Que á fuego y sangre, de insolencia ciego,
Brindó felicidad, á sangre y fuego
Le retribuye el don, sabrá piadosa
Daros solemne y noble monumento.
Allí en padron cruento
De oprobio y mengua, que perpétuo dure,
La vil traicion del déspota se lea,
Y altar eterno sea
Donde todo español al mónstruo jure
Rencor de muerte que en sus venas cunda,
Y á cien generaciones se difunda.

JUAN NICASIO GALEGO.

CRÓNICA DE LA SEMANA

FRANCISCO LATZINA

Este distinguido profesor acaba de publicar un interesante folleto, bajo el título de *El Mapa demográfico, ilustrativo del censo de 1869*.

Este verdadero complemento al primer censo de la República era un trabajo cuya necesidad sentian todos los hombres laboriosos y sensatos que entre nosotros han llegado á comprender que la política, la administracion, la higiene y todos los problemas sociales seguirán envueltos en densas tinieblas, mientras la estadística formada con seriedad y método é interpretada sin género alguno de preocupaciones no arroje su vivísima luz para despejar tanta incógnita.

Esto es lo que ha hecho el señor Latzina.

Su trabajo no es un ensayo. Por el contrario, es el fruto maduro de sus observaciones en esta importante materia.

Anteriormente habia ya publicado muchos trabajos sobre estadística general.

Teniendo en cuenta lo áridos que son estos estudios y lo poco que se aprecian entre nosotros, que todavía nos guiamos en el hogar, en la prensa y en el gobierno

por el método á priori, es deber estricto de justicia, consagrar una palabra de aliento á los que como Latzina, trabajan por la ciencia sin pensar en los aplausos.

Adelante! que la estadística es la única que puede descifrar la inscripcion del templo de Delfos.

DOCUMENTO CURIOSO

Se acaba de publicar en Francia un documento curioso: el presupuesto de los trabajos ejecutados en la iglesia de San Severino, por Jacques Tasquin, pintor y estatuario de la edad media.— Héla aquí:

- 1º Por componer y barnizar á los comendadores. 5 ϵ 12 slds.
- 2º Por embellecer á Poncio Pilato y ponerle una ciuta nueva en el gorro. 3 ϵ 6 ϵ
- 3º Por ponerle un rabo nuevo al gallo de San Pedro y repararle la cresta. 2 ϵ 3 ϵ
- 4º Por volver á amarrar en la cruz al buen ladrón y ponerle un dedo nuevo. 1 ϵ 7 ϵ
- 5º Por cambiarle plumas y dorar el ala izquierda al ángel Gabriel. 14 ϵ 18 ϵ
- 6º Por lavar á la sirviente del gran sacerdote Caifás y pintarle los carrillos de carnesí. 5 ϵ 12 ϵ
- 7º Por renovar el cielo, ponerle dos estrellas mas, dorar el sol y limpiar la luna. 1 ϵ 14 ϵ
- 8º Por reanimar las llamas del purgatorio y restaurar algunas de ellas. 6 ϵ 6 ϵ
- 9º Por reanimar el fuego del infierno, poner un rabo nuevo á Lucifer, un cuerno á Astarott, reparar las garras de varios diablos y hacer varios gestos á los condenados. 4 ϵ 10 ϵ
- 10 Por ribetear el vestido á Herodes, ponerle dos dientes y asegurarle la peluca. 2 ϵ 2 ϵ
- 11 Por remendarle con cuero el calzon á Oinas y ponerle dos botones en la chaqueta. 2 ϵ 3 ϵ
- 12 Por poner polainas nuevas á Jobias, hijo, de viaje con el ángel Gabriel, y mudarle una correa á su saco de noche. 2 ϵ 5 ϵ
- 13 Por colocar de nuevo los anteojos á Jonás saliendo por la abertura posterior de la ballena 1 ϵ 2 ϵ
- 14 Por limpiar las orejas del asno de Baluan y herrarlo de nuevo. 3 ϵ 7 ϵ
- 15 Por colocar á Sara un par de aretes. 2 ϵ 0 ϵ

- 16 Por poner una piedra nueva en la fronda de David, agrandar la cabeza á Goliath y hacerle abrir mas las piernas. 3 ϵ 1 ϵ
- 17 Por poner nuevos dientes á la mandíbula del asno de Sanson. 1 ϵ 5 ϵ
- 18 Por alquitrantar el arco de Noé, y ponerle un par de mangas nuevas. 6 ϵ 1 ϵ
- 19 Por remendar la camisa del Hijo Pródigo, lavar los puercos y ponerles agua en los charcos. 3 ϵ 4 ϵ
- 20 Por revivir las úlceras de Job. 1 ϵ 0 ϵ
- 21 Por poner una oreja al cántaro de la Samaritana. 1 ϵ 5 ϵ

Total 81 ϵ 10 slds.

LADRONES

Todavía nos parece suave el título de las presentes líneas para calificar á algunos de nuestros agentes.

Conocen la situación precaria de nuestro Director.

Saben que trabaja honradamente en *El Album* para pagar remedios que su salud reclama y contribuir á su subsistencia:

Sin embargo retienen indebidamente en su poder el producto de las suscripciones de varios meses.

La administracion del periodico se ha dirigido repetidas veces á estos agentes, los cuales han contestado reconociendo la deuda y dilatando la remesa del dinero con promesas de mal pagador.

Como estamos dispuestos á que esto concluya de una vez, les damos un plazo de quince dias para que paguen lo que deben. Si no sucede así, publicaremos sus nombres y sus cartas al espirar el plazo, en una seccion especial que llevará el mismo título de estas líneas.

De esta manera ellos quedarán, es verdad, gozando del trabajo ageno, pero en cambio, el tribunal justiciero de la opinion conocerá sus nombres para condenarlos con su desprecio!

LA BIBLIOTECA POPULAR DE BUENOS AIRES
Lleno de materiales interesantes, hemos recibido el tomo XXX de «La Biblioteca popular de Buenos Aires.»

LLEGARON TARDE

Por haberlos recibido estando el periodico en prensa, dejamos para el próximo número, los siguientes trabajos «Conversacion á traves del Atlántico», por Ana Soler—«Versos», por X—«La realidad de tu amor», por Un bruto y «Fritz Walker», por Raymunda Torres y Quiroga.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, SEPTIEMBRE 11 DE 1881.

CONVERSACION Á TRÁVÉS DEL ATLÁNTICO

Wiesbaden 9 de Julio 1881.

Señor Director de EL ALBUM DEL HOGAR.

Estábamos á orillas del Rin. . . ¿por qué camino? ¿Qué viaje habíamos hecho? . . . á las siete y media de la tarde dejábamos á Paris en el momento en que la gran ciudad se prepara para la noche, cuando la gente se agolpa á la puerta de los teatros, y se iluminan los cafes; cansada de los preparativos del viaje pronto dormía en el wagon, y solo como en sueño recuerdo que en una parada al amanecer, medio dormida tuve que reconocer mis bagajes y jurar que no hacia contrabando. . . cuando me desperté completamente eran las ocho de la mañana y estábamos á orillas del Rin!

¿Qué direccion habíamos traído, que linea habíamos tomado? No lo sabia. . . la vida tambien es un viaje, y á veces llegamos á su término, sin saber qué camino hemos seguido!

¡Cuántas veces no habia soñado yo con la Alemania, con el Rin y su suave poesia! esa poesia que llena la naturaleza entera con silfides y ondinas, esconde los génius en los cálices de las flores, y esperece seres misteriosos en las brumas de la mañana. Los bordes del Rin! los recuerdos de las baladas y leyendas, el «rey de los olmos» llevando su hijo muerto entre sus brazos, «Lorely» sobre su roca, peinando su pelo de oro con peine de oro tambien y cantando para atraer al viajero (1). . . todo esto me venia á la memoria en esta pequeña travesia del Rin; pero el vapor corre y sin dar tiempo á mis recuerdos ni dejarme admirar unos cuantos castillos que pasamos—

(1) Baladas de Goethe y Heine.

nos deja en tierra, en *Binden*, donde de nuevo tomamos un ferro-carril que en un cuarto de hora nos lleva á Wiesbaden.

Wiesbaden es una bonita ciudad de unos cincuenta mil habitantes, antigua capital del ducado de Nassau; tiene un jardin ferias donde se encuentra el *Kursaal*, ó sea casino, salon de lectura, música y conversacion. En este jardin toca una orquesta dos veces al dia; he oido allí magníficos pedazos de Wagner á quien me voy acostumbrando desde que estoy en Alemania, sobre todo desde que he visto su fotografia; de veras, y en secreto, me gusta mas el músico que la música; el retrato de Wagner que he visto es la pintura mas ideal que se puede imaginar, desde entonces oigo con mucha mas atencion que antes las estrañas melodias de *Tanhauser* y *Lohengrin*.

El *Kursaal* es el lugar de reunion de los extranjeros que vienen á la ciudad por las aguas. (1)

En ciertas ocasiones se ilumina á giorno el jardin y los bordes del lago que lo cruza, y se queman fuegos artificiales, estos se reflejan en el agua, y es imposible ver algo mas encantador; no creo que la famosa gruta de *Aladino* presentase colores mas brillantes, reflejos mas seductores, que los de la cascada de este jardin, cuando es iluminada por la luz eléctrica que se le dirige. Del centro del lago, parte un chorro de agua, el mas alto que haya visto; esta agua, al caer toma las formas mas caprichosas, y los colores mas brillantes cuando es iluminada por el sol—á la luz de la luna parece una fina lluvia de polvo de arroz, y cuando es iluminada por luz eléctrica toma mil reflejos imitando los colores del arco-iris.

El primer dia que ví esto ferno jardin iluminado á giorno, era el 4 de Julio aniversario de la independencia de nuestros hermanos los americanos del Norte. El dia antes se habia recibido la noticia del atentado sobre el presidente *Garfield*, pero como la fiesta estaba preparada tuvo

(1) Wiesbaden tiene aguas minerales.

Jugar apesar de la infausta noticia, y concurrieron á ella todos los americanos que se encontraban en la ciudad. . . y como nosotros, pobres sudamericanos no tenemos entre las naciones Europeas un gran rango, nuestro 9 de Julio pasa aquí inapercibido, y solo lo festeja tristemente una argentina, escribiendo á sus amigos en ese dia, que debe de ser para todos nosotros un dia de regocijo. . .

La ciudad de Wiesbaden es muy bonita, las calles anchas, limpias, y rodeadas de árboles, y la plaza, en la que se encuentran el Casino y el teatro, tiene árboles seculares y unas arcadas que recuerdan las *procuraties* de Venezia.

El teatro en Alemania empieza á las seis de la tarde y acaba á las 9—y á las 9 en verano es todavia de dia, que aquí el crepúsculo es muy largo y no se pasa casi subitamente, como en nuestro cielo, de la claridad á las sombras.

Hay piezas de Wagner que son tan largas que duran dos noches, y entonces la representacion empieza á las cuatro; no son representaciones diarias, como las que se dan en nuestros teatros, pertenecen ya á la noche—pero los alemanes como jente tranquila, se acuestan temprano y se retiran de los teatros, cuando los parisienses se ponen en camino para ir á ellos.

Wiesbaden está rodeada de bosques, en uno de estos, á una media hora de la ciudad, se encuentra una capilla griega, mandada construir por un grau duque de Rusia que perdió aquí su esposa, que era griega cismática.

Esta capilla con sus cúpulas todas doradas es muy original, sobre todo por lo poético del paraje donde se encuentra, sobre una colina que domina todo el ducado de Nassau, el Rin, sus verdes montañas, sus castillos magestuosos, y su cielo tan azul.

Bajo una de las bóvedas de la capilla se encuentra el mausoleo de la duquesa Isabel Michaelowna, esposa del gran duque, muerta á los veinte años; la estatua de Isabel reposa sobre un sarcófago de mármol blanco, y está coronada de rosas; parece dormir tranquilamente sobre un

blanco lecho, y al mirarla recordé lo que dice Becquer:

Y qué tranquilos reposan los muertos!

La capilla está pintada al fresco sobre fondo de oro, pinturas rusas que tienen una mística melancolía, que evoca la misteriosa poesía de:

las stepas cubiertas de nieve. . .

A la mañana siguiente de llegar á Wiesbaden y al hallarme á la puerta del Hotel de «Los osos negros», donde habíamos parado, me encontré que por una casualidad estábamos en la casa que habríamos elegido, si hubiésemos tenido la ocasión.

En este hotel de «Los osos negros» hay en la puerta una placa de mármol blanco que en letras doradas dice:

«En esta casa vivió Goethe en el verano de 1814 y 1815.»

Al leer esto subí de nuevo precipitadamente la escalera, y «Los osos negros» tomaron para mí un interés particular; recorría los salones y pensaba que quizás en ellos había escrito Goethe—(que nada sé de fechas) aquella última carta de Werther á Carlota—aquella carta en que la tristeza, la amargura, el amor, la adoración, el odio y el sacrificio se hallan reunidos, aquella carta en la que el que iba á morir puso toda su alma, su fé, su abnegación y todo su corazón. . . .

ANA SOLER.

EL ÚLTIMO BESO

Allí estará! . . de la mansión oscura,
Sobre el lecho de mármol estendida;
Esperando en su propia sepultura
El beso de la eterna despedida!

Descenderé sin vacilar, al fondo. . .
Allí, sus brazos, me abrirá la muerte;
Y el eco de su voz, lúgubre y hondo,
Circulará por la estension desierta! . .

Y besando su frente, circundada
Con la diadema de marchitas flores,—
Le contaré en secreto á mi adorada,
Pálido de emoción, nuestros amores! . .

Después, levantaré la angosta piedra
Donde llora sus lágrimas la noche;
Y donde abren,—hermanas de la hiedra,
Las siemprevivas, su argenteado brochel. . .

Y al borde de su misma sepultura,—
Ella, me dejará su despedida,
Cuando tienda las alas á la altura
Donde empiezan los lindes de otra vida! . .

LEONARDO DIAZ.

Setiembre de 1881.

FRITZ WALKER

(FANTASIA)

—No creo en la existencia real y positiva de seres sobrenaturales. La alucinación de los sentidos, influye poderosamente en ciertas organizaciones delicadas, que creen ver espectros y sombras, cuando todo no es mas que una ilusión fantasmagórica de su desarreglada imaginación.

—Ahl ahl—exclamó Edward—luego tu crees que solo un demente pueda representarse esas visiones?

—Indudablemente.

—La visión, no es mas que una alucinación que afecta los órganos visuales—profririó Blount que hasta entonces había permanecido callado—pero si la alucinación es constante, conduce al extravío de las ideas y el paciente ó muere ó su enfermedad se convierte en una manía incurable.

—Ved con que atención escucha Wurtz lo que decís, se diría que trata de recordar algo. . . .

—En efecto—contestó el aludido—pensaba en la extraña enfermedad de Fritz Walker, que tenía la manía de que una sombra le perseguía.

—Cuéntanos eso—dijo Edward.

Wurtz bebió el contenido de su copa, encendió un puro, y, comenzó su relato de la manera siguiente.

I

Tenia veinticinco años.
Escisivamente nervioso y de carácter taciturno, sufría frecuentes alucinaciones, que hacia temer por su salud.

Vivía completamente apartado del bullicio del mundo. Entregado á sus ideas sombrías, evitaba la sociedad de sus antiguos camaradas.

A mí era el único que recibía con agrado.

—Yo me vuelvo loco me dijo un día en voz baja.

—Pero ¿que tienes?—le pregunté.

—Anoche, despues que el criado sirvió el té y me dejó solo, acerqué una butaca á la chimenea. El silencio que reinaba en la habitación, era solo interrumpido por el chisporrotear de los leños y los golpecillos que daba Duck con la cola, cuando mi mano acariciaba su inteligente cabeza.

El reloj dió las doce: á esa hora acostumbró recogerme. Iba á levantarme, cuando vi que una sombra se dibujaba en la pared.

Volví el rostro para ver quien era el que estaba detras de mi sillón. Pero no encontré á nadie.

Y sin embargo, yo veía reflejarse en la luna del espejo, la figura de un hombre que tenía oculta la cara en el embozo de su capa.

—¿Quien sois?—le pregunté poniéndome de pié. No contestó.

Me acerqué. La sombra retrocedía, pero seguía todos mis movimientos.

Tuve miedo y tiré del cordón de la campanilla. El hombre hizo lo mismo.

Entró el criado.

—German—le dije—¿quien es este hombre?—y le indicaba al desconocido que estaba en frente de mí.

—Señor, yo no veo. . . .

—¿Cómo! no distingues, allí, junto á la puerta un hombre?

—Perdonad, Mr. Walker, pero aquí no hay tal hombre.

Inútil me parece decirlo, que no me acosté.

—Y la sombra, por que tal la supongo se fué? Interrogué sonriendo.

—Desapareció con la primera luz del alba; pero mucho me temo que luego vuelva á visitarme.

Me despedí de Fritz con tristeza.

Lo que me había contado, revelaba que sus ideas empezaban á estraviarse.

II

—Conoceis á Walker?—pregunte á mi amigo el Dr. Raby.

—Soy su médico.

—Y que opináis de su. . . manía?

—¿Es mala, como todas las manías, pero no incurable. Me ha prometido bajo su palabra, seguir el tratamiento que le he ordenado y si cumple, respondo de su cura. Vos que sois un amigo, procurad sacarle de su casa, la distracción, ayudará á la medicina. Id, á verle y no olvidéis de llevarle á los sitios mas concurridos.

Me dirigí al domicilio de Fritz.

Le encontré entregado á sus meditaciones.

—Como te encuentras de salud?—le pregunté estrechando su mano con cariño.

—Perfectamente.

Le miré con asombro.

—Es posible—exclamé radiante de júbilo. Con que al fin el fantasma se ha eclipsado?

Una palidez lívida se extendió por las facciones de Fritz al oír esto.

—El fantasma! murmuró con voz temblorosa. El está en su puesto y me indicó con su trémulo dedo el espejo.

—Es preciso que abandones este cuarto maldito y rompas ese hechicero que te hace ver cosas que no existen.

Fritz se sonrió con mansedumbre.

—Sí, continué—dejarás esta pieza. . . .

—Nunca, aquí moriré—me contestó con energía.

—No tengo derecho á exigirte nada contra tu voluntad. He venido á buscarte para que vamos á pasear.

Opuso alguna resistencia, pero al fin accedió á mis ruegos.

En el camino encontramos al Dr. Raby que se unió á nosotros.

Entretuvimos al enfermo hasta la noche.

Walker, parecia muy contento y miraba todo con la mayor curiosidad.

Se hubiera dicho que los objetos que veía, eran nuevos para él, tal era el interés con que los examinaba.

—Hacéd un sacrificio á la amistad—me dijo el Dr. al separarse—no le dejéis hasta mañana.

—Así lo haré.

—Parece que te ha sentado el paseo—le dije á Fritz, cuando nos encontramos solos.

—Sí, es muy higiénico el salir.

—Si todos los días hicieras lo mismo, es indudable que la sombra desaparecería de tu imaginación.

—Y crees tú que se ha apartado un momento de mi lado? . . . No, Wurtz; ella también se ha divertido. Ahora, ocupa su puesto. Nunca jamás se moverá de allí. Nunca jamás!

—Oh ¡Fritz! exclamé con el corazón traspasado de dolor—tu manía te conducirá á la tumba.

—Hace mucho tiempo que él ha muerto, eso que tu llamas fantasma, no es mas que su sombra y esa sombra soy yo. Yo, muerto para la vida, pero que existo, existo en el mundo de los hombres!

No he vuelto á ver mas á Fritz, pero he meditado mucho, sobre sus últimas palabras.

No me atrevo á afirmarlo, pero juraría que ayer, ayer cuando acariciaba en mí mente una risueña esperanza, he visto también dibujarse en el horizonte de mis rosadas ilusiones, una sombra.

Ay! Quizá ella sea, la sombra de la Fatalidad!

RAYMUNDA TORRES Y QUIROGA.

Setiembre de 1881.

EL CEMENTERIO.

A GERVASIO MENDEZ.

Soy de aquellos que no se espantan ante la vista de un cementerio; pláceme, de vez en cuando, visitar la ciudad callada, recorrer sus callecitas solitarias, bordeadas de sepuleros y de cruces, é ir á sentarme entre mis muertos queridos, á conversar largamente con ellos, llevándoles mis flores y mis lágrimas.

Y no creáis que, para hacer mi triste escursión, escojo algun día de sol y de fiesta, en que esté seguro de tropezar con paseantes indiferentes que rien y charlan, sin que la santidad del lugar les importe; no; voy en alguna encapotada mañana de otoño, ó en alguna fría tarde de invierno.

Que esto no os parezca escéntrico; me siento un tanto artista, y pienso que todo debe ser correlativo; convenid conmigo en que os chocaría al punto un cuadro, en que el pintor, queriendo representar un cementerio, lo hiciera en tonos vivos y colores alegres, con graciosas muchachas que pasean risueñas entre las tumbas, y chicuelos que juegan al aro y al trompo, cual si se tratase de una feria.

Así, cada vez que he sentido mi frente inclinarse bajo el peso de alguna idea sombría, y visto el cielo oscurecerse como ella, he dejado la ciudad, y corrido á refugiarme en la mansión de la paz y del silencio.

Cuando yo era niño, pláceme también venir á estos sitios, mas no para arrancar las flores de las tumbas, saltar gozoso sobre el césped, ó mirar curiosamente al través de las puertas entreabiertas de los nichos, como los otros compañeros de mi

como lo contemplo ahora, recogido y silencioso.

Gris está el cielo; cae una lluvia finísima que moja mis cabellos y mis ropas; el viento gime dolientemente entre los altos cipreses.

Ningun ruido cercano hiere el oído, oyéndose apenas mis leves pisadas en las calles desiertas.

A intervalos, la gran ciudad que se me muestra á lo lejos con sus campanarios enhiestos y sus cúpulas doradas, envíame, en olas, sus mil ruidos estraños; oigo el rodar de sus carruajes, el martillo de sus obreros, el rumor de sus fábricas, el silbato de sus locomotoras.

Allá el bullicio, aquí el silencio; allí la actividad, aquí la inercia; allí la vida, aquí la muerte!

Y sabedlo bien.

No estoy solo en este sitio.

Estos cipreses que gimen, este cielo que llora, estas cruces añosas que sacan de entre la maleza sus brazos descarnados y negros, estos sepulcros que la mano del tiempo y del olvido ha decorado de una moda tan estraño, no es lo único, no, que me acompaña; hay aquí millares de seres fenecidos que amaron, rieron, gozaron, sufrieron, como vosotros amáis, reis, gozáis, sufris, en esa vuestra ciudad, tan ruidosa, tan alegre, tan galana!

Venid aquí vosotros todos los que sentis la frente abrasada por la fiebre del negocio, y los que sentis la carne estremecida por la fiebre del descao; los que danzáis en los saraos y en las fiestas, y los que tomáis al mundo como un festín eterno.

Bastarán las inscripciones funerales que se ostentan sobre cada lapida y sobre cada tumba, para haceros comprender que todo eso es solo humo, aire, nada!

Ah! yo no sé que génio misterioso y estraño me desliza al oído estas lígubres palabras, cada vez que el cansancio de la lucha diaria me trae al cementerio.

Parece que el alma se contaminara con la atmósfera glacial de este recinto, y que la imaginación sintiera sus alas ateridas y torpes.

Pero, silencio!

La campana de la pequeña iglesia ha vibrado plañideramente, y veo pasar, como un cortejo de sombras, una multitud de hombres enlutados que acompañan un ataúd, oculto casi bajo sus coronas y sus flores.

Mirad: la puerta del sepulcro se ha abierto, arrojando un fatídico chirrido, y

su boca negra y monstruosa ha tragado hambrientamente el féretro; váse el sacerdote, váanse los hombres enlutados; él queda solo, por siempre, por siempre! Silencio!

La campana vibra plañideramente de nuevo; es otro muerto que llega.

Y la boca de la tumba le traga, y el sacerdote se va, y se van los hombres enlutados, y él queda solo, por siempre, por siempre!

Y allá, en aquel hogar que fué su hogar, volverá, pasado algun tiempo, á resonar la música juguetona, y la compañera de su vida y los hijos de su amor danzarán alegremente. . . y él estará allí solo, por siempre, por siempre. . .

La tarde ha caído ya, y una niebla densa flota en el aire como una gasa; mi cuerpo se estremece, no sé si por la frialdad de la atmósfera, ó por la frialdad de mis reflexiones; siento el corazón oprimido como por una garra de hierro; huyo, pues, de aquí, y voy nuevamente á esa ciudad que me llama, que me seduce, que me deslumbra, pero volveré, eterno y cariñoso compañero de mi soledad, volveré!

FEBO DE CHATEAUPERS.

Setiembre de 1881.

MIS TRES ÉPOCAS

«Todo se vé del color
del cristal con que se mira.»

Campoamor.

I.

Era niño—Aun recuerdo con encanto,
esás horas de infancia
cuyo tiempo feliz hoy lloro tanto!
néctar que mi alma á la memoria escancia!

Todo el oasis de mi vida, puro,
allí resplandecía,
y mas allá, en las brumas del futuro
la luz de eterna dicha entreveía!

Entonces al calor de mi inocencia
encanto juvenil doquier libé,
y en mis versos—bañados de su esencia—
«La vida es toda halagos!»—exclamé.

II.

Pasé á la pubertad, y los amores
sublimando mi vida,

cual rauda mariposa entre las flores
tuvieron mi existencia suspendida.

Quise á muchas—á muchas con locura
juraba amor eterno,
y cuando más, duraba mi ternura
mi entusiasmo y ardor, todo un invierno.

Por fin me entusiasmé la vez postrera,
y cual farsas sembré, según renceres;
y entonces con tristeza verdadera
exclamé—«Todo es mal, todo dolores!»

III

Hoy, ya curado de mi afán de niño,
no lloro en mis canciones;
con amargor la humanidad no riño,
ni hallo pura maldad en sus acciones.

Pasada aquella edad de efervescencias,
ni detesto, ni adoro;
mas templadas son ya todas mis creencias;
y, el Sabio *Analizar* es mi tesoro!

Por eso es que, ya aquel miraje, roto,
me deja comprender todo el profundo
abismo de pasiones en que floto
envuelto en la voráGINE del mundo!

Así es, que cuando leo algun poeta
que del sentir lapida la mudanza,
admiro más la emoción secreta
en que viven la duda y la esperanza.

Y, cuando del dolor las pardas nieblas
nublan por un instante mi alegría,
bendigo con cariño las tinieblas,
porque ellas me hacen apreciar el día!

Poetas que elevais vuestras canciones
mansillando al dolor—trozad la liral
El contraste es la fuente de ilusiones!
Que fuera la verdad sin la mentira?

F. SOTO Y CALVO.

Setiembre de 1881.

LA NIÑA Y LOS FÓSFOROS

—¡Qué frío hacia! la nieve caía y la noche estaba cerca; era la última tarde de año, la víspera del día de año nuevo. En medio de este frío y de esta oscuridad, una pobre niña pasó por la calle con la cabeza y los pies desnudos. Tenía, es verdad, zapatillas cuando dejó la casa, pero no la habían servido mucho tiempo: eran unas grandes zapatillas que su madre ya había usado, tan grandes que la niña las perdió al apresurarse á

atravesar la calle entre dos carruages. Una la perdió realmente, pero la otra, se la llevó un muchacho con la intención de hacer una cuna para su hijo, cuando el cielo le diera uno.

La niña marchaba con sus piecitos desnudos que estaban rojos y azules de frío; tenía en su delantal muy viejo una gran cantidad de fósforos, y en la mano, llevaba un paquete. Era para ella un mal día, ningún comprador se había presentado, y por consiguiente no había ganado ni un cuarto. Tenía mucha hambre y mucho frío y muy miserable aspecto. ¡Pobre niña! Los copos de nieve caían en sus largos cabellos rubios, que la caían en preciosos bucles sobre el cuello; ¿pero pensaba en sus cabellos únicamente?

Las lucés brillaban en las ventanas, el olor de los asados se exhalaba por las calles; era la víspera del día de año nuevo y hé aquí en los que pensaba.

Se sentó y se acurrucó en un rincón entre dos casas. El frío se apoderaba de ella cada vez mas, pero no se atrevía á volver á su casa: volvía con todos sus fósforos y ni una sola moneda. Su padre la pegaría, y además, ¿es que en su casa no hacía también frío? Vivían bajo el tejado y el viento soploaba al través aun cuando las mayores aberturas habían sido tapadas con paja y trapos viejos. Sus manecitas estaban casi yertas de frío. ¡Ah! cuánto bien le haría una cerillita. Si se atreviese á sacar una sola del paquete, á frotarla contra la pared y á calentarse sus dedos! Sacó una: rich. . . ¡cómo alumbró y cómo ardió! Era una llama clara y caliente como la de una velita cuando la cubrió con su mano. ¡Qué luz tan hermosa! La parecía á la niña que estaba sentada ante una gran chimenea de hierro adornada de bolas y cubierta con una capa de cobre reluciente. ¡Ardía el fuego allí tan magníficamente! ¡Calentaba tan bien!

Pero ¿que tenía? La niña estendió sus piés para calentarlos también, la llama se extinguió y la chimenea desapareció; no le quedaba en la mano mas que un pedacito de cerilla ya quemado.

Frotó una segunda que ardió, que brilló y allí dónde la luz cayó sobre la pared se hizo tan transparente como una gasa. La niña podía ver hasta en una habitación en que la mesa estaba cubierta de un blanco mantel resplandeciente con finas porcelanas, y sobre el cual una ave asada rellena de manzanas y de ciruelas

despedía un perfume delicioso. ¡Oh sorpresa! ¡Oh felicidad! De pronto el ave salta de su plato sobre el pavimento con el tenedor y el cuchillo, clavados en la pechuga, y rueda hasta la pobre niña. La cerilla se apagó y no tenía ya delante de sí mas que la pared espesa y fria.

Encendió un tercer fósforo. En breve se vió sentada bajo un magnífico árbol de navidad; era mas rico y mayor que el que habia visto la última noche buena al través de la puerta vidriera de la casa de un rico comerciante. Mil luces ardian sobre las ramas verdes é imágenes de todos colores como las que adornan los escaparates de los almacenes parecian sonreírle. La niña levantó las dos manos: el fósforo se apagó. Todas las luces del árbol de navidad se elevaron y vió entonces que no eran mas que estrellas. Una de ellas cayó y trazó una línea de fuego en el cielo.

—Es que alguien ha muerto, se dijo la niña, porque su anciana abuela que era la única que habia sido buena para ella; pero que ya no existía, le habia dicho muchas veces: «Cuando cae una estrella es que un alma sube hasta Dios.»

Aún frotó un fósforo mas contra la pared y se formó una gran luz en medio de la cual estaba su abuela en pié con un aspecto tranquilo y radiante.

—Abuela gritó la niña, llévame contigo. Cuando se apague el fósforo, sé muy bien que ya no estarás ahí: Desaparecerás como la chimenea de hierro, como el ave asada y como el hermoso árbol de navidad.

En seguida frotó el resto del paquete porque queria conservar la vista de su abuela y los fósforos esparcieron una claridad mas viva que la del día. Jámás la abuela habia sido tan grande ni tan hermosa. Cogió á la niña bajo el brazo, y las dos se elevaron en medio de este brillo hasta un sitio tan elevado, tan elevado, que no hay allí ni frio, ni hambre ni angustias: hasta Dios.

Pero en el rincón entre las dos casas cuando llegó la fria mañana, estaba sentada la niña con las mejillas rojas y la sonrisa en los labios. . . muerta, muerta de frio la última noche del año. El día de año nuevo, alumbró al pequeño cadáver sentado allí con las cerillas, de las cuales un paquete habia casi ardió. «Ha querido calentarse» dijo uno. Pero todo el mundo ignoró las hermosas cosas

espléndor habia entrado con su anciana abuela en el año nuevo.

CRISTIAN ANDERSEN.

ECOS DEL ALMA

Que triste está su hogar! ayer al penetrar á él he sentido vacilar las pocas fuerzas de mi espíritu desfalleciente y he tenido que invocar en mi auxilio todo el poder de la fé que alienta y sostiene para acallar los impulsos del corazón que pugnaba por desbordarse en lágrimas.

Que triste está ese hogar tan apacible tan risueño hasta poco ha: tan callado, tan sombrío desde la hora que faltó él, las plantas han inclinado sus hojas para llorar silenciosamente su partida y la música ha recogido sus notas armoniosas esparcidas en el aire y dormita tristemente en el fondo del sonoro piano de Bauvais! . . . ya las avecillas que cruzan el firmamento azul en las mañanas bellas no detienen su vuelo para entonar sobre sus muros la dulce melodía de sus trinos y solo en las noches oscuras y spliturias suele gemir dolorosamente el viento entre las ramas de los árboles, como si hubiera quedado allí vibrando el ayl desgarrador de su agonía! . . .

Cuando se traspasan los dinteles de esa mansión enlutada el pensamiento se arrulla y el espíritu se oprime como si pesara sobre él la densa sombra de un vacío eterno: es que allí ha estado la muerte y ese hálito abrasador que dobla las frentes mas altivas y quebranta todas las fibras de la energía humana, ha dejado tan honda la huella de su paso que no hay en las agitaciones de la vida una ráfaga bastante poderosa para disiparla.

Ah! vosotros los que vivis felices y no habeis sentido aun gravitar, sobre vuestra alma ese abrunador silencio que deja tras de sí la muerte si os acercáis á ese hogar tristísimo no interrumpais con Dulcificos acentos el profundo letargo que allí reina, ni lleveis hasta sus ámbitos desiertos el eco de vuestras profanas alegrías: allí existía un ser cuya alma era una lágrima de amor del cielo vertida sobre la tierra: los primeros resplandores de la aurora de un día melancólico y lloroso del invierno le hallaron moribundo sobre las ruinas de un ensueño

exótica en el mundo, no habia podido resistir sus vendavales demasiado cálidos para ella é inclinaba ya su frente pálida y marchita sobre el borde del sepulcro helado, en la dulce primavera rosada de su edad temprana.

Desde entonces ese Eden tranquilo cuyas castas ilusiones fecundó la radiante luz de su mirada, así como fecunda el sol las flores del verjel, ha quedado con la pena sin consuelo de su irreparable pérdida, lóbrego y sombrío como el fondo de su tumba . . .

Respetad su recinto como un santuario.

SIEMPREVIVA,

Setiembre de 1881.

A J

Me dijo que me amaba, que el recuerdo
De su infinito amor,
Hasta el fin de la vida, agitaría
Su puro corazón.

Me dijo que me amaba, que su alma
Sedienta de pasión,
Abrigaba el tesoro que mi pecho
Con ansia ambicionó.

Y fué mentira todo, fingimiento,
Engaño y falsedad: nécia ilusión
Que la mente abrigara en sus ensueños,
Que acariciara loco el corazón!

K. E. C.

San Nicolás, Setiembre de 1881.

MEDITACIONES NOCTURNAS

La luz de mi lamparilla espiraba,—
cerré el libro y me recojí.

Yo no sé, ni quiero decir nada acerca del libre albedrío, pero la observación me ha persuadido mas de una vez de la impotencia de la voluntad para dar rumbo determinado á las ideas, las cuales, en mi, siempre encuentro estrechamente vinculadas á lecturas y preocupaciones anteriores. Habia repasado mis lecturas filosóficas y me encontraba moralmente fatigado: procuré abstraerme y conciliar el sueño, pero me fué imposible: mi espí-

ritu parecia convertido en un judío errante y vagaba á la ventura en el mundo filosófico sin fijarse en punto alguno. Tan pronto mi fantasia se recreaba buscando la órbita recorrida por las viejas teorías que hoy renacen con el prestigio de la novedad, encotrando en la metamórfosis de Brahma, el trompoderismo de Darwin, como con esa rapidéz de caleidoscopio del espíritu humano, mi razon se sentia envuelta en los finos sofismas de las teorías escolásticas, de la edad media. Todas mis lecturas respecto de la antigüedad y de los sistemas filosóficos desfilaban, en forma de ideas, en los confines lejanos de mi entendimiento, presentándome un espectáculo risueño y agradable. Parecíame dominar el mundo intelectual y me sentia con la satisfaccion que debe experimentar la araña cuando se pasea orgullosa por ese pequeño mundo de su tela. Examinaba las religiones y con una lucidez envidiable me esplicaba todos sus puntos antagónicos, pero se me presentaban como resultado de meditaciones humanas, encontrando en unas, el gérmen de las ideas que habia visto en las otras. Moisés, Mahoma y Jesús, eran una idea, un propósito humano,—y la diversidad de los preceptos de sus códigos, eran á mi ver simplemente accidentes, modificaciones determinadas por la diversidad de costumbres, de tendencias, de tiempos.

Creia por lo tanto poder reducir las mentalmente á una unidad absoluta, encerrando así mismo en dos órdenes distintas, todo el confuso torbellino de las ideas filosóficas—la observacion positiva y las abstracciones metafísicas—tal parecíanme los dos hemisferios de mundo moral. Todo lo que se ha escrito, pensaba yo, debe necesariamente encontrarse allí. Y mi fantasia iluminaba los mas oscuros problemas, de modo que todo lo comprendia, todo lo adivinaba, y me lo explicaba todo. Sentíame un sabio, en fin. Estaba satisfecho.

Harto mi espíritu de vanidad, empezó luego á replegarse lentamente sobre si mismo. Mis meditaciones iban tomando un carácter mas concreto. Una vaga curiosidad llevome á fijar en mi mismo el punto de mis investigaciones. Quería saber si me conocia.

Al principio, parecíame no ver ninguna sombra á mi alrededor—todo era luz. Era evidente que yo me conocia, yo era...

¡Ah! pero ¿quien era yo? No lo sabí;

la vanidad me alucinaba. Todo era sombra.

Hice un esfuerzo por ver dentro de mi mismo y... vi un átomo de materia suspendido entre dos eternidades, la vida y la muerte, y no sabia lo que era la eternidad; pensaba y ningún dato tenia acerca de la causa que produce mi pensamiento; ignoraba si mi entendimiento era una simple facultad como la de digerir, y si pensaba con la cabeza del mismo modo que cojia los objetos con mis manos. No comprendia en fin por que pensaba ni podia dejar de pensar.

Apelaba en vano á los recuerdos de mis estudios, todo era contradicción, hipótesis, dudas.

Examinaba con el recuerdo los distintos metodos ensayados para conocernos, y no podia conciliar las diferencias radicales que encontraba en ellos. Pensaba con profundo dolor en los millares de seres que pueblan la tierra y viven en la mas completa ignorancia de si mismos: á punto estaba de caer en la desesperacion—me sentia vacilar. Mi misma vida parecíame cosa inútil y fastidiosa. Desde que todos mis estudios, todas mis meditaciones eran impotentes para revelarme el secreto de mi propio ser—la vida, evidentemente no me ofrecia ya ningún atractivo, pues para mí, la vida reducida al cumplimiento automático de las funciones vitales, es una muerte lenta y penosa.

Mi desesperacion crecia. De pronto un rumor sordo hirió mis oídos y me despertó sobresaltado.

Vi en seguida que era causa de ello, el ronquido despacible del negrilla que me compra cigarros, que dormia en la pieza inmediata con la dulce tranquilidad de la despreocupacion. Preocupado aun por mis meditaciones recientes, púsceme á contemplarlo con interés. Admirando la suprema felicidad de aquella criatura, me preguntaba á mi mismo: ¿no es una vergüenza ser desgraciado al mismo tiempo que en ta misma casa hay un autómatas que no piensa en nada y duerme contento? Cien veces se me ha ocarrido que si fuese tan necio como mi negrilla, seria dichoso;—otras, recordando los consejos de un amigo, he llegado á creer que la mejor de las cosas, es gozar de la vida y mirarse de los hombres—y otros por fin, mirando con desprecio este escepticismo, he buscado la verdad, encontrando que la ciencia se pierde en ideas estravagantes y confusas pudiendo agregarse á este respecto el

recuerdo de la tela de Penélope pues tales es la tarea de los filósofos: uno deshace hoy, lo que otro hizo ayer. Y por mas que en este flujo y reflujo del mar de las ideas créase encontrar nuevas verdades, pareceme á veces que ellas no son sino nuevas refracciones de ese faro de luz cambiante que llaman pensamiento humano. Y todas estas reflexiones corren siempre á aumentar mi desesperacion. Hay sin embargo una espantosa contradicción en esta manera de pensar: por que en fin ¿de que se trata? de ser dichoso; ¿que importa tener talento ó ser necio? Y por otra parte, los que están contentos de su ser, estan por lo menos seguros de estar contentos, mientras que los que razonan no pueden á mi ver estar seguros de que razonan, dando á esta palabra la precisa significacion que les corresponde. Es claro pues, me decia yo, que se deberia optar por no tener sentido comun, por poco que este contribuya á nuestro malestar.

A este punto llegaban mis meditaciones cuando el negrilla se despertó, miróme atentamente y con un gesto de estupidez inexplicable:—Patron, me dijo, ¿mañana es dia de fiesta?

—Si, es cierto, le respondí y me alejé para recojerme nuevamente, pensando para mí: no, no quiero tu felicidad!

ARGIRÓPOLIS.

Setiembre de 1884,

A LA MUERTE DEL CÉLEBRE POETA CUBANO D. JOSE MARIA HEREDIA

Voz pavorosa en funeral lamento
Desde los mares de mi patria vuela
A las playas de Iberia; tristemente
En son confuso la dilata el viento;
El dulce canto en mi garganta hiela,
Y sombras de dolor viste á mi mente.
¡Ay! que esa voz doliente
Con que su pena América denota
Y en estas playas lanza el Océano,
¡Murio! pronuncia, el fervido patriota...
¡Murio! repite, el trovador cubano;
Y un eco triste en lontananza gime:
¡Murio el cantor del Niágara sublime!
¿Y es verdad? ¿Y es verdad? . . . La muerte impía,
Apagar pudo con su soplo helado
El generoso corazón del vate,
Do tanto fuego de entusiasmo ardía?

No ya en amor se enciende, ni agitado
 e la santa virtud al nombre late?
 Bien mal cede al embate
 el aquilon sañoso el roble erguido;
 si en la fuerza de su edad lozana
 né por el fallo del destino herido . . .
 stro eclipsado en su primer mañana,
 epúltante las sombras de la muerte,
 en luto Cuba su placer convierte.
 ¡Patria! ¡número feliz! ¡nombre divino!
 ¡dolo puro de las nobles almas!
 Objeto dulce de su eterno anhelo!
 ¿a enmudeció tu cisne peregrino
 ¿Quien cantará tus brisas y tus palmas,
 tu sol de fuego, tu brillante cielo . . . ?

Ostenta, sí, tu duelo;
 Que en tí rodó su venturosa cuna,
 Por tí clamaba en el destierro impío,
 Y hoy condena la pérfida fortuna
 A suelo extraño su cadáver frío.
 De tus arroyos ¡ay! con su murmullo
 No darán á su sueño blando arrullo.
 ¡Silencio! de sus hados la fiereza
 No recordemos en la tumba helada
 Que lo defiende de la injusta suerte.
 Ya reclinó su lánguida cabeza
 De génio y desventuras abrumada
 En el inmortal seno de la muerte.
 ¿Qué importa al polvo inerte,
 Que torna á su elemento primitivo,
 Ser en este lugar ó en otro hollado?
 ¿Yace con él el pensamiento altivo?
 Que el vulgo de los hombres, asombrado,
 Tiemble al alzar la eternidad su velo,
 Mas la patria del genio está en el cielo.—
 Allí jamás las tempestades braman
 Ni roba al sol su luz la noche oscura,
 Ni se conoce de la tierra el lloro
 Allí el amor y la virtud proclaman
 Espíritus vestidos de luz pura
 Que cantan el Hosanna en arpa de oro,
 Allí el raudal sonoro
 Sin cesar corre de aguas misteriosas,
 Para apagar la sed que enciende el alma,
 Sed que en sus fuentes pobres, cenagosas,
 Nunca este mundo satisface ó calma.
 Allí jamás la gloria se mancha,
 Y eterno el sol de la justicia brilla.
 ¿Y qué, al dejar la vida, deja el hombre?
 El amor inconstante, la esperanza,
 Engañosa vision que lo extravía;
 Tal vez los vanos ecos de un renombre
 Que con desvelos y dolor alcanza;
 El mentido poder, la amistad fría;
 Y el venidero día
 —Cual el que espira breve y pasajero—
 Al abismo corriendo del olvido...
 Y el placer, cual relámpago ligero,
 De tempestades y pavor seguido...
 Y mil proyectos que medita á solas,

Fundados ¡ay! sobre agitadas olas,
 De verte ufano en el umbral del mundo,
 El ángel de la hermosa Poesía,
 Te alza en sus brazos y encendió tu mente,
 Y ora lanzas, Heredia, el barro inmundo
 Que tu sublime espíritu oprimia,
 Y en alas vuelas de tu genio ardiente.
 No más, no más lamente
 Destino tal nuestra ternura ciega,
 Ni la importuna queja al cielo suba
 ¡Murió! . . . A la tierra su despojo entrega
 Su espíritu al Señor, su gloria á Cuba;
 Que el genio, como el sol, llega á su ocaso,
 Dejando un rastro fúlgido su paso!

GERTRÚDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.

EL RINOCERONTE Y LA ARDILLA

(FÁBULA)

Cierta día andaba por el campo un
 rinoceronte. Sabido es, que este cuadrúpe-
 do mamífero paquidermo, se alimenta de
 yerbas y hojas.

El terrible animal, buscaba, pues, su
 comida.

Pero hé aquí, que se levanta una furio-
 sa tempestad, acompañada de truenos,
 relámpagos y lluvia.

Tres días duró el agua, al cuarto cesó.
 El rinoceronte que tenía hambre, abando-
 nó su guarida para ir á buscar yerbas.

Al pasar junto á un arroyo, vió á una
 ardilla que prendida á la rama de un ár-
 bol que arrastraba la corriente, hacía
 esfuerzos para salvarse.

El rinoceronte comprendió el peligro
 que corría la infeliz ardilla y detuvo la
 rama.

El pequeño rumiante se colocó sobre
 el lomo de su generoso protector.

—Hacen tres días que no como—le dijo
 el rinoceronte á su compañera. Los
 campos están inundados y no ¡hay yerbas.

—Felizmente, aquí hay un nogal.
 —Y que importa si yo no puedo ven-
 cer su altura?

—Pues yo siendo tan chica, mira lo que
 hago, y de dos saltos se subió á la copa
 del árbol.

—Ingrata! murmuró el rinoceronte—
 me dejas solo, cuando te he salvado la
 vida, así paga el diablo á quien bien
 le sirvel

Aun no había concluido de hablar,
 cuando cayó sobre la cabeza, una lluvia

de hojas y ramas que la ardilla había
 roído para su amigo.

El rinoceronte comió hasta saciarse.

—Quien había de pensar—le dijo á la
 ardilla—que un animalito tan pequeño,
 había de dar de comer á un cuadrúpedo
 tan grande como yo.

—Eso tu probará, vanidoso, que en esta
 vida, el poderoso necesita del humilde,
 el grande del chico, y el rico del pobre,
 le contestó la ardilla.

Y á fé que tenía razón.

Setiembre 7 de 1881

INDIANA

WASHINGTON Y BONAPARTE

Washington no pertenece como Bonaparte á esa raza que excede la estatura humana. Nada asombroso se encuentra en su persona; no está colocado en un inmenso teatro; no lucha con los capitanes más hábiles de la época; no corre de Menfis á Viena, de Cádiz á Moscú; defiéndese únicamente con un puñado de ciudadanos, en un suelo desconocido, en el estrecho círculo de los hogares domésticos. No empeña aquellos combates que renuevan los triunfos de Arbes y de Farsalia; no derriba los tronos para levantar otros con sus despojos; no hace decir á los reyes, en la puerta de sus palacios: «¡Que se hacen esperar demasiado y que. Atíla se fastidia!»

Un velo misterioso envuelve las acciones de Washington; obra con calma; diríase tal vez que se siente encargado de la libertad del porvenir y que teme comprometerla. No son sus destinos propios los que entraña este héroe de nuevo temple: son los de su país; y no se permite arriesgar lo que no le pertenece. Pero, ¿cuánta luz va á salir de esta profunda humildad! Buscad los montes donde brilló la espada de Washington ¿qué encontráis? ¿sepuleros? ¡No! un mundo! Washington ha dejado los Estados-Unidos por trofeo sobre su campo de batalla.

Bonaparte no tiene ningún rasgo de este grave Americano: combate con estruendo en un antiguo continente y no quiere crear más que su fama, y solo se preocupa de su propia suerte. Parece conocer que su misión será corta, que el torrente que desciende de tan altas cum-

bres se escurrirá pronto; por eso se apresura á gozar y abusar de su gloria, como de una juventud fugitiva. Semjante á los dioses de Homero, pretende llegar en cuatro pasos al fin del mundo. Aparece sobre todas las riberas; inscribe precipitadamente su nombre en los fastos de todos los pueblos, y arroja coronas á su familia y á sus soldados; se da prisa en levantar sus monumentos, dictar leyes y obtener victorias. Inclinado sobre el mundo, con una mano derriba los reyes y con la otra abate al gigante de la revolucion; pero, aplastando la anarquía, ahoga la libertad, y acaba al fin por perder la suya en su último campo de batalla.

Cada uno es recompensado segun sus obras. Washington eleva una nacion á la independencia; magistrado en reposo, duérmese bajo su techo en medio del pesar de sus compatriotas y de la veneracion de los pueblos.

Bonaparte arrebató su independencia á una nacion; emperador destronado, es arrojado al destierro, donde el espanto del mundo no le cree bastante aprisionado bajo la guardia del Océano.—Muere, y esta noticia, pregonada en la puerta del palacio ante la cual el conquistador hizo proclamar tantos funerales, no detiene ni admira al transeunte: ¿Qué tenían que llorar los ciudadanos?

Washington ha sido el representante de las necesidades, de las ideas, de las luces, de las opiniones de su época; ha secundado los espíritus en vez de contrariarlos; ha querido lo que debía querer: lo mismo á que era llamado: de allí la coherencia y la perpetuidad de su obra. Este hombre que asombra poco, porque se mantiene en justas proporciones, ha continuado su existencia con la de su país; su gloria es el patrimonio de la civilización; su fama se levanta como uno de esos santuarios públicos donde mana una fuente fecunda é inagotable.

Bonaparte podía igualmente enriquecer el dominio común; obraba sobre la nacion mas inteligente, mas belicosa y mas brillante de la tierra: ¿cuál sería el rango ocupado hoy por él, si á lo que tenia de heroico hubiese unido la magnanimidad; si, siendo Washington y Bonaparte á la vez, hubiera nombrado la libertad heredera de su gloria?

Pero este gigante no liga sus destinos á los de sus contemporáneos: su génio pertenecía á la edad moderna, su ambicion á los tiempos antiguos. No se apercebíó de que las milagroa de su vida

escedian al valor de una diadema, y que este ornamento gótico le sentaba mal. Ya se precipitaba sobre el porvenir, ya retrocedia hácia el pasado; y sea que remontaba ó siguiese el curso del tiempo, por su fuerza prodigiosa arrastraba ó repelia las olas. Los hombres no fueron para él sino un medio de poder; ninguna simpatía hubo entre su dicha y la de ellos; prometió darles la libertad, y los encadenó; aislóse de ellos, y se alejaron de él. Los reyes de Egipto levantaban sus fúnebres pirámides, no en medio de las florecientes campiñas, sino entre las estériles arenas; y aquellos inmensos monumentos se elevan, como la eternidad, en la soledad: Bonaparte ha construido á semejanza suya el monumento de su fama!

CHATEAUBRIAND.

ARCO-IRIS

Hablemos de niños.

Al fin y á la postre es como si habláramos de la humanidad entera.

Los hombres son niños grandes y las niñas... viejas chicas.

La traviesa *Flor de Lis* ha puesto esta cuestion á la órden del día, con motivo de su crítica á los cuentos de la señora García.

Chalchal replicó mostrándo disconformidad á las opiniones vertidas por *Flor de Lis* y hé aquí al público verdaderamente intrigado.

No puede negarse que la controversia siempre es buena.

El Director del ALBUM que entiende esta especie de diplomacia política, sin decidirse por *Chalchal* ó por *Flor de Lis* parece que desea ilustrar la opinion para que luego el fallo que dicte sea verdaderamente justficiero.

En la mesa que escribimos acabamos de descubrir las pruebas de un cuento de Andersen.

Despues EL ALBUM publicará otros de los de la señora de García.

Perfectamente.

De esta manera los lectores pueden dar su voto con pleno conocimiento de causa.

No hemos podido resistir á la tentacion de leer el cuento de Andersen que el lector encontrará en las páginas de adelante. Su lectura nos ha conmovido.

Está impregnado de tan dulce melancolía que arroba de la manera mas tierna el alma.

Ese cuento ha sido escrito para niños, y sin embargo, todo hombre de sentimiento que lo lea, se sentirá fuertemente impresionado.

La sencilla filosofía de que está impregnado es propia y precisa para el alcance intelectual de la infancia.

Esta es la gloria de Andersen que ha sabido aprisionar al arte con su génio.

Supongamos á un pequeñuelo hijo de padres ricos leyendo el cuento de *La niña y los fosforos* en medio del regalo y las comodidades que procura la fortuna.

¿Qué efecto moral le producirá su lectura?

Ah! no hay que dudarlo; insensiblemente su alma se llenará de afliccion, pensará que hay otros niños que tienen que trabajar penosamente para ganarse el pan que él posee á discrecion y la llama de la caridad inflamará su corazón.

Traigamos ahora el ejemplo contrario. Un niño pobre leyendo el mismo cuento.

Talvez lo comprenderá mejor, pero el resultado moral siempre será provechoso.

La niña ha muerto es verdad, de hambre y frio, pero la abuela la puso debajo del brazo y los dos se elevaron en medio de este brillo hasta un sitio tan elevado, tan elevado, que no hay allí *ni frio, ni hambre, ni angustias*: hasta Dios!

Hé aquí el estímulo divino para las almas que sufren.

Resorte maravilloso que los alienta en cada caída.

La esperanza, que á veces vale por todos las fortunas de la tierra.

Estas son opiniones personales.

Si á alguien no le gusta el tierno cuento de Andersen que con su pan se lo comia. Amen.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, SETIEMBRE 18 DE 1881.

CONVERSACION Á TRAVES DEL ATLÁNTICO

Señor Director de EL ALBUM DEL HOGAR.

«Hoy empiezan, dice el Figaro del 23 de Julio, los ensayos del drama de los señores Arnould y Dornay, *El Duque de Kandos*. Se han gastado sumas inmensas para esta pieza, y se tienen sobre ella tales esperanzas que el director del teatro de las Naciones, donde será representada, ha rehusado por su teatro 150,000 francos, (un millon de pesos papel) suma que le ha sido ofrecida por el alquiler del edificio para dar otra pieza.»

No sé si se tratará de la misma obra, pero por casualidad cayó en mis manos en el mes de Mayo, un periódico de Paris, *Le petit journal*, en el que se daba un folletín con ese título y que llamó mi atención porque ví que se hablaba de Buenos Aires. La novela es escrita por un Sr. Matthey, y gran parte de ella pasa en nuestro país. No sé si el Sr. A. Matthey ha visitado la República Argentina, ó si habla de oídas, de todos modos, sus impresiones son tan curiosas que voy á transcribirlas.

Por mala suerte solo he podido procurarme tres de los folletines del *Petit Journal*, y eso, trunco; pero, me ha bastado, y he aprendido cosas sobre mi país que... ignoraba.

Traduzco testualmente. Habla el Duque de Kandos:

«Desembarqué en el Plata, dice, provisto de una concesion de terreno. Ya sabéis lo que es—Os dan kilómetros de terreno limpio, sin agua, sobre la frontera, cerca de los indios. Se cree poseer algo, y no es nada—me asocié con dos paisanos, creyendo en la sinceridad y en el valor de esas concesiones—nos dirigieron

cion que espermenté viendo las hectáreas de polvo que formaban mi propiedad, me puse valerosamente al trabajo. Era tan estúpido de mi parte como inútil. De los dos paisanos que tenia, uno murió del cólera á los seis meses, el otro fué sorprendido y muerto por los indios, los que quemaron la pobre cabaña que habíamos construido con gran pena, robaron nuestro ganado, y arrancaron las pocas plantas que habíamos conseguido hacer crecer... Era demasiado, dejé mi concesion que darán de nuevo y varias veces, á los pobres tontos venidos de Europa, y no teniendo dinero para dejar esa tierra maldita, me hice gaucha.

Es un duro oficio... pero se come, y aquí no hay donde elegir...»

Dios sabe por qué peripecias pasa el Duque de Kandos, pero lo vuelvo á encontrar en otro folletín, casado en Buenos Aires con la «Mariquita Antiquenas famosa prima-dona hija de unos gauchos de la Pampa,» la que preferia á las fiestas que le ofrecian los jovenes de la ciudad, los placeres ruidosos de los gauchos, olvidando el champagne de los palacios por venir á la fonda en traje de *Porteña* (!) á beber el grueso vino de Cataluña con sus amigos pobres, y bailar al son del acordeon una habanera—y aqui viene una llamada para decir que la habanera es una danza nacional.

Esta Mariquita vivia en la calle Libertad en la *décimatercia cuadra*. «porque en Buenos-Aires el cuadrado formado por el encuentro de dos calles se llama cuadra y es contando el numero de esas cuadradas que se indica la situacion de una casa en tal ó cual calle.» Segun parece Mr. M. ha oido hablar de Nueva York—y cree, como algunos, que siendo linderos, Nueva York y Buenos Aires las calles son llamadas del mismo modo. (1)

El Duque de Kandos va al teatro á oír á su Mariquita y describe asi la concurrencia:

(1) En Nueva York las calles no tienen nombres propios y se designan por número.

«Los gauchos desparramados en la sala, se levantaban, ajitaban sus sombreros, muchos blandian sus *cuchillos* ó sus *revolvers*, como si se hubiese tratado de hacer un levantamiento para elegir un jefe militar.»

Aquellas palabras muy crudas que se suelen oír á los changadores de las esquinas, se encuentran desparramadas á porfia en los discursos de los personajes de la novela, pero por suerte los lectores del *Petit journal* no entienden nuestros... .

La casa de la Mariquita en la calle Libertad, cuadra *décimatercia*, era un chalet suizo, es decir, una casa toda de madera, lujo completamente réjio en un país donde un palacio de marmol cuesta menos caro, con balcones de madera recortados, en el primer piso, porque el chalet tenia un piso alto, lo que acaba de distinguirlo de las otras casas que no tienen todas sino un piso bajo, con techo formando azotea.»

Este chalet tenia un patio de mármol y «es en estos patios donde en Buenos Aires se toman las comidas», en ese país donde por la menor cosa se recibe una *estocada* ó un tiro de revolver, sin decir una palabra, en ese país se pasan las aventuras del duque de Kandos, y estas aventuras son las que han servido para el drama que se preparan á dar en Paris.

Yo tambien me preparo á ir á ver á la Mariquita en traje de *Porteña* y desde ya me figuro que será por el estilo del brasilero de la Vida Parisieuse, ó el mejicano de Las campanas de Corneville.

Leo las sandeces de Mr. Matthey y me digo, ¿como es posible escribir cosas semejantes y meterse á hacer descripciones de países que no se conocen; no le ha pasado á Mr. Matthey la idea de que su novela puede caer en manos de un porteño, y que este le aplicará con usura los términos que él pone á cada momento en la boca de sus personajes?

MARIANA.

Paris, Julio de 1881.

CREPÚSCULO

Nuncio feliz del alba sonriente
Y de la oscura noche funeraria,
Es el vago crepúsculo en que luchan
Las luces ténues con la sombra pálida.

Yo siento dentro el alma conmovida
De nieblas y de luz una batalla...
¿Si será precursor este crepúsculo
De eterna noche ó de inmortal mañana?

CELESTINA FUXES.

Setiembre de 1881.

LA ONDA Y LA SOMBRA

Un hombre al mar!

Qué importa el buque no detiene su
marcha. El viento sopla, y aquella nave
sombria tiene trazado un derrotero que
forzosamente ha de continuar; y pasa
adelante.

El hombre desaparece, vuelve á apare-
cer al cabo de algunos instantes, se sumer-
ge de nuevo, sube otra vez á la super-
ficie de las aguas, llama, grita, estiendo
los brazos, nadie le ve ya, nadie le oye.

El buque, luchando contra el huracan,
está todo él absorbido en sus maniobras;
ni marineros, ni pasajeros se preocupan
ya del hombre que acaba de desaparecer
bajo la onda hace algunos instantes sola-
mente; la triste cabeza de aquel ser hu-
mano no es ya otra cosa que un punto
imperceptible en la enormidad de las
olas.

Lanza todavía gritos desesperados desde
aquel abismo. Qué espectro es para él
aquella vela que le abandona! La mira,
la mira con frenesí. Ella voga sin cesar,
se aleja, se descolora y decrece.

Y él se hallaba en la nave hace poco,
era uno del equipaje, iba y venia sobre
cubierta con todos los demas, tenia su
parte de sol y de respiracion, era en fin
un ser viviente. Qué es, pues, lo que ha
pasado ahora? Qué ha resbalado, que ha
caído, y es asunto terminado para él.

Está en el agua monstruosa. Ya no
tiene bajo sus piés sinó el precipicio y
el postrer hundimiento. Las olas cortadas
y desgarradas por el viento le rodean de
un modo horroroso; el vaiven del abismo
le sacude fuertemente; todos los andrujos

del agua se agitan en derredor de su
cabeza; un populacho de olas le escupe
en el rostro; confusas hendiduras le devo-
ran á medias; cada vez que se sumerge,
entrevé precipicios llenos de oscuridad;
horrendas y desconocidas vegetaciones le
cojen entre sus ramas resbaladizas, le
enredan los piés, y le atraen hacia ellas;
él percibe que se convierte en abismo,
que forma parte de la escoria, de la
espuma; las olas se le arrojan unas á
otras; bebe de la onda amarga; el piélagó
cobarde se encarniza en él, ahogándole;
la enormidad juega con la agonía. Pare-
ce que toda aquella agua es odio.

El lucha sin embargo.

Trata de defenderse, prueba á soste-
nerse, hace esfuerzos, y logra nadar. El,
aquella pobre fuerza bien pronto agotada,
combate contra lo inagotable.

Pero donde está el buque? Allá lejos...
Apenas visible en las pálidas tinieblas del
horizonte.

Las ráfagas de viento braman; todas
las espumas parece que vienen á confun-
dirle.

Alza los ojos, y solo ve la lividez de
las nubes.

Asiste, agonizando, á la inmensa de-
mencia del mar. Esta locura le ha eri-
gido allí un suplicio.

Oye cierto ruido extraño al hombre,
que parece venir mas allá de la tierra,
no se sabe de que exterior espantoso.

Hay aves en las nubes, á la maneras
que hay ángeles sobre las desdichas
humanas; pero, qué pueden hacer por él?
Vuelan, cantan, se ciernen, mientras que
él, apenas respira, apenas resuella con el
lúgubre estertor del moribundo.

Siéntese á la vez sepultado por esos
dos infinitos, el océano, y el cielo. El
uno es un sudario, el otro una tumba.

La noche avanza: ya hace algunas
horas que está nadando, y sus fuerzas se
hallan desfallecidas.

Aquel buque, aquella cosa lejana donde
habia hombres, se ha borrado, ha desa-
parecido; y él se encuentra ya solo en el
formidable abismo crepuscular.

Se sumerge, se eleva de nuevo, se
endereza, avanza, se tuerce, siempre
siente debajo de sí las olas mónstruos del
invisible: y llama.

Ya no hay hombres? Donde está Dios?

Llama—No hay alguien? No hay al-
guien que me favorezca! y llama sin
cesar.

Nada ve en el horizonte: nada en el
cielo.

Implora á la estension, al alga, al
escallo:

Todo esto es sordo.

Suplica á la tempestad; la tempestad
imperturbable no obedece sinó al infinito.
En derredor suyo, la oscuridad, la
bruma, la soledad, el tumulto borrascoso
y sin conciencia, los pliegues indefinidos
de las enfurecidas aguas.

En él, el horror y la fatiga. Debajo
de él, el abismo.

Ningun punto de apoyo.

Sueña con las aventuras tenebrosas del
cadáver en la sombra ilimitada. El frio
sin fondo le paraliza. Sus manos se enco-
jen y se cierran, como asiéndose á la
nada.

Vientos, nubes, torbellinos, cielos, estre-
llas, todo le es inútil! Qué hacer?

El desesperado sucumbe. Una vez
rendido de cansancio, preciso es que
tome el partido de morir.

Se deja mover, se deja llevar, se aban-
dona enteramente; y vedle ya rodar y
precipitarse para siempre en las lúgubres
profundidades del insondable abismo.

—Oh! marcha implacable de las socie-
dades humanas!

Pérdidas de hombres y de almas en el
camino de la vida! Océano donde se
sumerge todo cuanto en él deja caer la
ley! Sinistra desaparicion de todo
auxilio!

Oh! muerte morall..

El mar, es la inexorable noche social
en donde la penalidad arroja á sus con-
denados.

El mar, es la inmensa miseria!

El alma, lanzada en la corriente de ese
abismo, puede convertirse en un cadáver.
Quién la resucitara?... .

VICTOR HUGO.

EL GAUCHO

I

Está á la puerta del pajizo rancho,
Con su corcel valiente de la rienda,
Y va á partir; á defender la patria
De invasion extranjera.

Ni aun el lamento de sus hijos oye,
Porque tambien la patria se lamenta;
Se aleja de su hogar... mas ¡ay! quién sabe
Si vuelve de la guerra.

Húmedo el beso del amor paterno
Sobre la frente de sus hijos deja,

Y monta su caballo de combate,
Y sigue su bandera.

II

Y allí donde mas braman los cañones,
Do la muerte fatídica se asienta,
Confundiendo en los labios las sonrisas
Con la queja postrera.

Siempre en lo mas reñido de la lucha,
Llevando el exterminio va su diestra,
Y el claro dé las filas enemigas
Os mostrará su buella.

Y si vuelve mañana... destruido
Su pobre hogar encuentra,
Y habrá perdido amigos y familia
Después de larga ausencia.

¡Pobre gaucha! soldado valoroso,
No preguntan jamás dónde lo llevau,
Sólo sabe que lucha por la patria,
Y que muere por ella!

III

¡Nosotros los que en medio á la victoria
De laureles ceñís vuestras cabezas,
¡Y lecho dais á vuestra sien altiva
En el regazo de una gloria eterna!

Recordad al soldado, al gaucha heróico,
En medio á la embriaguez de la grandeza,
Y pensad que no tiene un techo amigo
Y vive en la indigencia.

¡Nosotros que entusiastas lo halagásteis,
Cuando lanzó el clarín ruda cadencia,
Y lo olvidasteis cuando de victoria
Vibró dulces eufonías!

Recordad que al volver á sus hogares
En vano llamará de puerta en puerta,
Que errante vagará por las cuchillas
Sin lanzar una queja.

Y volverá al trabajo como ántes,
Doblegará su varonil cabeza,
Y como ayer la libertad con sangre
Hoy con sudor, refrescará la tierra.

IV

¡Cuántas veces ha visto levantarse
Como muda y fantástica protesta,
En el surco profundo y entreabierto
Los huesos de los héroes, que blanquean!

¡Valientes como él, como él patriotas,
Murieron defendiendo su bandera,
Y olvidados quedarou en el campo
Después de la pelea!

¡Pobre gaucha! vestigio de una historia
Símbolo de una edad, que se recuerda
Como el abismo en que brotó una patria
A la voz de una idea.

Humilde encarnacion del patriotismo,
No hay sacrificio que arrostrar no sepa,
Y no atiende jamás, si en la batalla,
A retirada tocan las cornetas.

V

Y cuando cae la tarde entre gemidos,
Al recordar los días de pelea,
Le oireis cantar en los sencillos *tristes*
El nacional poema.

Y mañana... si vuelven los clarines
De la patria á lanzar vibrante queja,
Será el primero en el combate rudo
Prento á morir por ella.

H. J. GALLINAL.

Montevideo, Agosto de 1891.

SUELTOS

Lucio V. Lopez acaba de publicar, coleccionados en un elegante y voluminoso libro sus *Recuerdos de viaje*.

A los que han leído algunas de las páginas brillantes, brotadas de la pluma fecunda e inspirada siempre del Dr. Lopez, esta simple noticia bibliográfica no dejará de proporcionarles un verdadero placer.

Contra todo lo que se diga, el espíritu literario parece reanimado por un soplo de vida. Ya no puede considerarse un acto de mera insensatez publicar un libro en Buenos Aires. La literatura nacional progresa y los lectores se forman y aumentan cada día.

Conocíamos de nombre la original composición del inspirado joven D. Ernesto Celombres titulada *Un aire criollo*, pero hasta ahora no habíamos tonido el gusto de oirla. Hace dos noches que hemos tenido ese placer, oyendo las melancólicas notas del *aire criollo*, arrancadas al piau por su mismo autor.

Esta producción musical es verdaderamente, como su nombre lo indica, *un aire criollo*: hay en ella ese ritmo suave y melancólico de la conocida *samacueca*, de la cual ha tomado el estilo. La señora Eduarda M. de Garcia ha hecho de esta

composición un estudio prolijo y un elogio merecido, estudio y elogio que publicaremos en nuestro próximo número.

En números anteriores tuvimos el gusto de anunciar la próxima aparición del libro de versos del joven poeta Don Enrique E. Rivarola; ampliando esa noticia diremos hoy que él está para concluirse y que será precedido de un interesante prólogo escrito por uno de nuestros grandes literatos, el Dr. D. Nicolás Avellaneda.

Lo edita la casa impresora de Otswald y Martínez y debe estar concluido para fines del presente ó principios del entrante mes.

Eduarda, la gentil y elegante escritora, acaba de dar á la publicidad dos composiciones musicales, de su inspiración que no le van en zaga, en originalidad, á sus mas originales producciones literarias.

Ambas son para piau y canto é intitulanse: *Yo no sé si te quiero* y *Se alquila*. Una y otra están impregnadas de ese sabor dulce y apasionado, á la vez que jugueton, que constituye el rasgo característico de la música americana.

Eduarda es consecuente con sus ideas sobre el arte musical, cuando en vez de componer obras notables por su mérito rebuscado, como es sin duda capaz de hacerlo, prefiere crear esas dos chicuelas criollas, que sin dejur de ser dechados de perfección artística, (como que una de ellas ha sido escrita por Rubinstein), son una manifestación viva de la graciosa espontaneidad de su corazón de artista.

No se debe forzar el arte, es su divisa, y fiel á ella ha dado vida y forma á las dos joyas musicales cuya aparición anunciamos y que deben apresurarse á buscar los amantes de la belleza en sus formas mas puras y delicadas.

El inteligente joven D. Ramon Oliver, recientemente graduado con el título de Dr. en jurisprudencia, se ocupa en estos momentos en recojer y coleccionar sus producciones con el objeto de darlas al público en un elegante folleto.

Aplaudimos la idea del joven Dr. no solo por que viene á aumentar con su libro el catálogo de las publicaciones de nuestro país, estimulando con ello el espíritu de desenvolvimiento que se opera actualmente en las letras argentinas,

sino tambien por que vemos que ha sabido teuer en cuenta que es este el momento oportuno de hacerlo, pues mas tarde, engolfado en los espedientes y la práctica de la ciencia del Derecho, que ha bebido durante seis años en las aulas, encontrará su espíritu agobiado y dispuesto para todo, meritos para la publicacion de folletos de versos.

No hay que esperar que se marchiten las flores para arrancarlás, no hay que esperar que se disipen los sueños para describirlos, no hay que esperar en fin, que la vejez nos agobie para encarnar el sentimiento en un verso, la pasión en una estrofa, la esperanza en un poema.

Damos la mano al poeta y saludamos al Doctor.

L.

ECLIPSE PARCIAL

A la luz placentera de la luna
En un banco de piedra, en el jardín,
Dos felices amantes ví sentados
Que hablando estaban de su amor así:

—Si á esta luna plácida y sonriente,
Que alumbrá nuestro amor,
La cubre de los celos algun día
El denso nubarrón,
¿Sabrá María disipar la niebla
Que ofusque mi razón?

Si alguna vez, adverso, mi destino
Condéname á sufrir
Alejando tus ojos de mis ojos,
Haciéndome infeliz,
¿Ese tu tierno corazón amante
Sabrá por mi latir?

Si las borrascas rudas de la suerte
Sumerjen el bajel
De mi dicha, en el mar del infortunio;
¿Consolarme sabrás paloma mía,
Endulzar mi amargura, seime fiel?.....

—Oh! calla Armando!...del dolor la daga
En mi pecho introduces sin piedad...
No mtes ¡ay! de mis dorados sueños
La dulce magestad!

Un rayo que á mis piés caer yo viera
No causaría la impresion fatal
Que tus palabras en aqueste instante,
Mi Armando, mi ideal!

¡Dudas de la mujer que tanto te amal...
¿Puedes eso pensar?

Bien se ve que no entiendes mi cariño,
Que no sabes amar.

—¡Tú me tachas de infiel idolatrada!...
Aumentas mi penar!...
Perdona si el aliento de la duda
Ha llegado á empañar
El límpido cristal de la firmeza
Con que sabes amar.

Y esa lágrima ardiente, que cual perla
Por tu megilla miro resbalar,
Permíteme la enjague con un beso,
Emblema de mi amor y mi lealtad.

Y en el cercano estanque, con dulzura,
De un doble beso el eco resonó,
Y la luna, que el rostro habia ocultado
Tras una fragil nube,
De nuevo y mas hermosa apareció.

ALEJANDRO V. MURGUIONDO.

Setiembre de 1881.

LAS ARMONIAS DE LA LUZ

Hacia tiempo que estaba en Nápoles: una cruel enfermedad, la mas sombría de todas, porque nos va minando la vida, mientras conservamos clara y neta la conciencia de nuestro estado, hasta el punto de vernos morir, la tisis, me habia clavado bajo aquel clima, aspirando como una suprema esperanza, las tibias emanaciones de aquella naturaleza fecunda. Nadie sabe el martirio infinito que va aparejado á ese lapso de tiempo, fugáz como un relámpago, que sufren aquellos que cruzan el mundo condenados á una muerte prematura. Todas las ambiciones generosas, todos los sueños dorados de la adolescencia se amontonan en el espíritu de aquel que vé desvanecer su vida hora por hora, dia por dia. Todo parece bello en el mundo; los placeres se presentan irresistibles y se cree que el amor, la amistad, los grandes sentimientos, son bastantes fuertes para disipar las amarguras fortuitas de la existencia....

Y luego..... todo se envidia! Hay cierta puerilidad en sentir dentro del corazón algo como un deseo vago de arrancar los pulmones al primer paisano robusto que cruza el camino; los goces ajenos, el espectáculo de la felicidad en otros, en vez de arrastrar el alma al nivel

celeste del cuadro de tranquilidad que se contempla, la amargan, las acibáran, la destrozan. De ahí la irascibilidad constante de los tísicos, su desconfianza implacable. Pero la naturaleza es siempre y eternamente admirable: el tísico no tiene mas que una vida, mas que un sosten, que es aire para sus pulmones viciados, sangre para su corazón exhausto, bálsamo para su cerebro enfermo: la esperanzal Como en el corazón de un hombre que ama profundamente, todos los sentimientos se van debilitando á medida que la pasión dominante se desarrolla, así, en el alma del triste condenado, todos los afectos de la tierra, todas las ilusiones de la vida desaparecen ante ese gigante que todo lo abarca y subyuga, la eterna, la cariñosa esperanza....

Ella me sostuvo tres largos años de lucha, llevando mi cuerpo exhausto bajo todos los cielos, buscando en las vigorosas ráfagas del mar, en las enérgicas brisas de los bosques ó en las ardientes auras de los trópicos, el remedio anhelado para fortificar la miserable máquina en que se encerraba mi alma. Bajo su influencia, una credulidad infantil determinaba mis resoluciones: una palabra oída al azar en la conversacion confusa de una mesa redonda, el consejo indiferente de un compañero de viaje ó la lectura accidental de un romance, cualquier incidente insignificante para otro, tomaba en mi espíritu las proporciones de una profecía y me empujaba irresistiblemente á obedecer la inspiracion que nacia bajo su influencia. Cuenta Dumas en sus memorias que cuando publicaba en el folletín de un diario de Paris ese sombrío y admirable estudio que se llama «Amaury», recibió la visita de un hombre viejo ya, en cuya fisonomía se traslucian las huellas de un sufrimiento íntimo. El anciano tenia una hija de diez y seis años, tísica, que la ciencia habia ya condenado á una muerte próxima. La pobre niña seguía anhelante la narracion de Dumas, porque veía allí admirablemente reflejado su propio mal. El padre preguntó á Dumas que suerte habia preparado para el enfermo de su romance; el noble escritor fué leal y confesó que en el fondo de su espíritu estaba decretada la muerte de Amaury. Ante la desolacion de aquel anciano que comprendia facilmente que el desenlace de la novela seria un golpe de muerte para su hija, Dumas suspendió inmediatamente la publicacion diaria de Amaury, dió una razon trivial al público y remitió á la

sobre niña un manuscrito conteniendo el final de su romance, arreglado de manera de levantar el espíritu de la enferma, por una solución feliz.

Cuando la pobre niña bajó á la tumba, Dumas acabó su «Amarly» y lanzó á la voracidad de un público indiferente ese libro escrito sin duda para mostrar que la pluma que habia creado las grandes figuras de las epopeyas históricas, sabia analizar los sentimientos íntimos del corazón humano.

Comprendia la impresion de aquella niña y la desolacion del padre, testigo desesperado de la lenta caída de la pobre condenada y en el fondo de mi alma gradecía á Dumas su noble proceder.

La «Germaine» de About, en que esa dulce criatura recupera la vida bajo la influencia vivificante del benigno clima de las islas jónicas, me llevó á Corfú, donde pasé un invierno. Por fin, despues de vagar como un condenado que busca, por última gracia, el sitio donde debe abandonar la vida, me fijé en Nápoles, bedeciendo los consejos de mi médico, un hombre generoso que me habia tomado una íntima afeccion y que luchaba sin descanso por amarrarme á la vida.

Nápoles no es precisamente el punto mas aconsejado para los enfermos del pulmón; el clima es ardiente y la exuberante vitalidad de una vegetacion admirable, impregna el aire hasta el punto de hacerlo irresistible para los tísicos. Fueron especialmente esas causas las que habian determinado ese punto como mi morada definitiva. A ese respecto me hizo una larga disertacion, de la que solo comprendí que donde el comun de los mortales de mi especie se morian, yo debía vivir. Cualquier punto sobre la superficie de la tierra me era indiferente: se me dijo Nápoles y en Nápoles me fijé.

II

No entra en mi propósito hacer extensas descripciones de la soberbia naturaleza de Nápoles, ni tampoco estudiar las costumbres especiales del pueblo que vejeta en las faldas del Vesubio, como dominado por cierto fatalismo inocente que determina la infatigable indolencia de su carácter. El que haya leído la «Graziella» de Lamartine, sabe ya que es posible poetizar lo ménos poético que hay sobre la tierra. El populacho napolitano; quien ha pasado una par de horas deliciosas con el admirable cuadro de costumbres de Maro Mon-

tier, «Donna Grazia», conoce tambien hasta donde es posible explotar los tipos especiales de aquella sociedad original.

Yo pasaba mi vida ocupado en conservarla; seguia estrictamente las prescripciones de mi médico, hacia ejercicio, me levantaba temprano; iba poco á la ópera, porque la música producía efecto violento sobre mi sensibilidad prodigiosamente sobrecitada, me abstenia de tomar parte en discusiones acaloradas y leia solamente aquellos libros que perfuman el espíritu de cierta esencia rosada que se parece tanto á la esperanza que es fácil confundirla con ella.

Despues de comer y cuando el sol se habia ocultado trás las montañas, iluminando aun los cielos y el mar, mientras la ciudad se reposaba en la suavidad de las sombras, tomaba mi sombrero y mi libro y me dirigia á las costas del golfo, allí donde se estienden Torre del Greco y la Merghellina. Muchas tardes volvia sin haber avanzado una línea en mi lectura; confundido en un grupo de pescadores, aplaudia, y reia como ellos ante las grotescas contestaciones y salidas licenciosas de un *improvisatore* que sentado en una peña, rascaba deplorablemente su guitarra, con gran contento de los circunstantes. Los improvisadores napolitanos de la leyenda, tales como se entienden generalmente, no han existido jamás. He oido varios y á no ser que el espíritu de los hijos de la antigua Campania haya degenerado tanto, que los improvisadores de hoy sean simples imitaciones de los viejos, el hecho es que no he encontrado ningun Ovidio, si es que es cierto aquello de *quod loquabat, versus erat*. En un ritmo monótono, van desarrollando las ideas que el paisaje, la asociacion, los circunstantes, la última hazaña de Polichinella, un ave que pasó, un perro que aulla, un fraile que recolecta, una muger que pega á su hijo, cualquier incidente ó reminiscencia, en fin, originan en su espíritu caloroso. Los que han oido á nuestros muchos cantores, detenerse de pronto en medio á una décima para lanzar un cumplimiento al dueño de casa que se presenta en la puerta de la ramada, sin perder el tono y obligando al verso improvisado á plegarse á las exigencias del ritmo, pueden hacerse facilmente una idea de lo que es la manera del *improvisatore* napolitano.

(Continuará.)

MIGUEL CANÉ.

VERSOS

Viendo muerto al amor, en mi delirio,
«¡Deja la tumba, Lázaro!» le dije;
miré al abismo, le llamé de nuevo. . . .
y como no me oyera, le maldije.

Y la tumba en que está la encierra un seno,
mórrido seno de muger hermosa,
fresco jazmin de nacarados pétalos
contemplado al través de un velo rosal

ENRIQUE E. RIVAROLA.

Setiembre de 1881.

DELIANA

(DE LUDWIG KLEIN)

La irradiacion de sus pupilas de fuego
tiene algo de la luz del relámpago que
deslumbra.

Cuando habla, su voz suena al oido
como el ritmo melodioso de una música
celestial.

El alma agita sus alas, y quema el
incienso de la adoracion, al contemplar
su espléndida hermosura.

Hay en ella, toda la poesia encantadora
de una aurora que nace.

El corazón envuelto en la bruma del
dolor, se siente renacer á la alegria y
solo entona himnos, para alabar su incomparable belleza.

Parece que una nube de estrellas la
rodeara.

Yo la entrevi en mis delirios y al
encontrarla en el mundo, sonrei.

Habia hallado en ella, al ideal de mis
sueños de artista y de poeta!

HORACIO LEGRAND.

Setiembre de 1881.

AMAR AL VUELO

A la niña Asuncion de Zaragoza y del Piño

I.

Así, niña encantadora,
Porque tus gracias no roben
Las huellas que el tiempo deja,
Juega como niña ahora,
Como niña cuando joven,
Como joven cuando vieja.
Por mis muchos desengaños,
Te ruego, Asuncion querida,
Que ames mientras tengas vida.
Como amas á los seis años.
Justamente, de ese modo;
Amando desamorada;
Así, no queriendo nada,
Esto es, queriéndolo todo;
Anhelante y sin anhelo,
Ya resuelta, ya indecisa,
Pasa de la risa al duelo,
Pasa del duelo á la risa;
Así, de prisa, de prisa;
Todo *al vuelo*, todo *al vuelo*.

II.

Sé amorosa y nunca amante;
Lleva á la vejez tu infancia;
Sé constante en la inconstancia,
O en la inconstancia constante:
Que en amor creen los más duchos.
Contra los que son más locos,
Que en vez de los pocos muchos.
Valen más los muchos pocos;
Y cuando tu labio bese,
Que formule un beso insápido
Inerte, estenóreo y rápido. . .
Pues, así, lo mismo que ese.
Nunca beses como loca,
Besa como una loquilla;
Jamás . . . jamás en la boca,
Siempre, siempre en la mejilla;
Ten presente que la abeja,
Queriendo entrañar la herida,
La desventurada deja
Entre la muerte la vida.

III.

¡Si! si lo mismo que hoy eres
La hermosa entre las hermosas,
Ser, mientras vivas, quisieres,
Dichosa entre los dichosos,
Tal ha de ser tu divisa:
Amar muy poco y de prisa
Como hacen las mariposas;

Aunque no importa realmente
Que ames infinitamente,
Si amas infinitas cosas.

IV

Son tan cuerdos mis consejos,
Que me atreveré á jurarte
Por mis ojos que, aunque viejos,
Aun, Asuncion, al mirarte,
Aspiran á ser espejos,
Que aplicando estos consejos
A mi vejez, todavia
Pienso curar, hija mia,
De mi corazon las llagas;
Llagas; ay! que no tendria,
Si yo hubiera hecho algun dia
Lo que te aconsejo que hagas.

V

Para ver si es verdadero
Lo que un apóstol revela,
•Que lo fijo es pasajero,
•Que solo es real lo que *vuela*,•
Tiende el rostro, hermosa niña,
Como ese cielo sereno,
Ya al cielo, ya á la campiña,
Y verás de una mirada
Que es lo mas rico ó mas bueno
Lo que *vuela* ó lo que *nada*,
Como la espuma en los mares,
En el cielo los fulgores,
El incienso en los altares,
En los árboles las flores,
Los celajes en el viento,
En el viento los sonidos,
La vida en nuestros sentidos,
Y en la vida el pensamiento.

VI

Sigue el plan á que te exhorto
Amando *al vuelo*; hazte cargo
Que el viaje es largo ¡muy largo! . . .
Y el tiempo corto, ¡muy corto! . . .
Sé lijera, no traidora;
Sopla el fuego que no abrasa;
Quiere, como el que no quiere;
Sea siempre como ahora
Tu llanto, nube que pasa,
Tu risa, luz que no muere;
Ama mucho, mas de modo
Que estés siempre enamorada
De un cierto todo que es nada
De un cierto nada que es todo
Si ries, olvida el duelo,
Si lloras, pasa á la risa;
Así. . . de prisa, de prisa;
Todo *al vuelo*, todo *al vuelo*.

RAMON DE CAMPOAMOR.

ARCO-IRIS

Aunque siguiéramos en invierno habla
ria de la primavera.

Mis razones tengo para ello.
Y que razones!

* *

¡Qué época deliciosa!

La primavera, no hay que dudarlo
la infancia del alma.

Período de verdadera dicha en que
toda la ambicion se reduce á una tajad
de pan con manteca, un troumpo y alg
nas bolitas.

Entre éstas recuerdo que habia d
vidrio, de mármol y de piedra.

Tampoco me olvido de los bolones
de los *piojitos*.

* *

Ya en esta pendiente no puedo def
nerme.

El tema, por otra parte, bien lo merec

Dante ha dicho: no hay mayor dolor
que recordar el tiempo feliz en la des
gracia.

Por mas aceptacion que haya enco
trado este pensamiento le niego mi cor
formidad.

Un momento de verdadera dicha bas
para iluminar todas las sombras que
penas proyectan en el áspero sendero
la vida.

Por esto es que siempre se recuerd
con placer los primeros años de la ex
tencia.

* *

Cuando niño no conocí mas infierno q
el de la *rayuela*, juego en que era faul
paladin.

El dia que conseguia robar tiza en
escuela la rabona al siguiente era seg

Entónces trazaba mis líneas en las ve
das y despues con el *tejo* en la man
en un pié, gritaba al primer muchia
que acertaba á pasar:

—Ché, á la *rayuela* por diez card
querés?

* *

¿Y el juego del barrilete?

Hacia bombas, papagallos y estr
que solo podian remontarse con piol

Esto se entionde, cuando tenia plata

Cuando no, me contentaba con robarle
a mi madre un ovillo de hilo de dos
reales y con pajitas de escoba improvisaba un barrileto.

Ajó el nene, dirán mis lectoras.

Tempora mutantur, replico yo.

Cuántas entre ellas, no existirán todavía, que me han besoteado siendo pequeño. . . .

En efecto: los tiempos cambian. *Ahora*
. . . ¡oh! que triste palabra.

Me enternezco, decididamente.

Ahora: ¿quién me besa ahora?

Saco el pañuelo y continúo.

* * *

La infancia es la única época feliz de la vida.

Se come con apetito, se divierte sin ninguna clase de preocupacion y se duerme pensando en los juguetes.

Yo siempre soñaba con esos viejos de resorte que al abrir la cajita donde están se alzan de pronto.

Cómo me agradaba la broma y como creía en los sustos fingidos de mi abuela cuando iba á sorprenderla con el viejol

Mis risas infantiles, cándidas y joviales, despertaban la ternura en la pobre anciana que me besaba sonriendo.

* * *

La primavera tiene tambien algo de infantil.

Los arboles no están todavía bien cubiertos de hojas.

El fruto está en flor ó recién enajado.

El calor aún no se ha acentuado y la atmósfera se encuentra templada y agradable.

Por esto al despuntar la galana primavera cada año, asoman en el alma ensueños juveniles.

Todo convida al recuerdo de la dicha. Sus mañanas llenas de luz exhalando suaves perfumes.

Las golondrinas hendiendo el aire como esperanzas perdidas.

Los pájaros vocingleros euchicheando amores.

¡Cuadro encantador!

Si continúo voy á volver á enternecerme.

Y hay que alborrar en pañuelos porque los tiempos son de crisis.

* * *

¿Y las noches de luna?

No hay que describirlas.

Con solo mencionarlás se evoca un poema.

Creo que con la inefable dicha de haber contemplado una espléndida noche de luna quedan compensados todos los rigores de la suerte.

Por eso yo siempre me embeleso contemplándola.

Tengo mucho que *compensar*.

* * *

Atemos cabos para concluir.

Las razones á que me referí al empezar son, que el sábado pasado tuvieron mis ojos la dicha de ver á la polla mas gentil de estos buenos barrios en que está situada la Imprenta.

Primera vez que me ha sucedido una cosa buena en sábado; día de . . . «no está el patron en casa»

Su sombrero todo blanco contrastando con su vestido de seda negro le daba un aire el mas picaresco del mundo.

Su pié diminuto y breve acañiciaba las piedras de la vereda.

De buena gana hubiera alfombrado esa misma vereda con mi corazón!

Estaba mas que bonita, dos, tres, cien veces bonita.

Era el símbolo mas perfecto de la primavera.

Por esto, aunque hubiera sido invierno, habria hablado de luz, flores, golondrinas y gorgeos.

¡Oh infancia! Si pudiera ahora recordarla jugando á la *payana* con esterlinas!..

Posdata—Mis espresiones más afectuosas á la simpática hermanita.

LA VIUDA

¡Cuanto debió de sufrir
Inés, de su Andrés al lado,
Viéndole, esposo adorado,
Entre sus brazos morir!
Al ciclo su labio injuria,
Y en indignación extrema
Desesperado, blasfema,
Y en raptó de inmensa furia,
Precipítase al balcón,
Y con ímpetu violento
Va arrojarse, en un momento
De espantosa turbacion.
Yo, su mas leal amigo,
Contuve su furia airada,

Y su honda pena callada
Contemplé, mudo testigo.

Un mes con hondo pesar
La vi tenaz padecer.
Sin comer, y sin beber,
Sin dormir y sin hablar.

No bastaban á sus males
Padres, y amantes hermanos,
Ni los consuelos cristianos,
Ni tisanas ni cordiales.

Por fin, la materia insana
Venció de la pena fiera. . .
Y durmió una noche entera
Y parte de una mañana.

Ya pasados veinte días
La encontré ménos llorosa,
Aunque enferma, y ojerosa,
Y en hondas melancolias.

Ya toma caldos ligeros
Y duerme al día seis horas,
Y recibe á unas señoras,
Y á dos ó tres caballeros.

Mas jura que ha decidido
Toda cura resistir,
Y dejándose morir
Unirse al amor perdido.

Su médico le es odioso,
Sólo el nombre la horroriza,
Porque el doctor sintetiza
El recuerdo mas penoso.

«Cálmate por Dios, la digo:
—¡No! me responde altanera;
¡Quien vida y salud me diera,
De mi bien fuera enemigo!»

De la córte me partí,
Y al comenzar el verano,
Un día en mi hogar lejano
Este parte recibí:

«Dime por un telegrama
«Las señas de tu doctor,
«Pues voy de mal en peor
«Y estoy desde ayer en cama.»

Contesté inmediatamente,
Y á poco Inés me escribió
Que mi médico logró
Curarla perfectamente.

Vuelvo á la córte; han pasado
Desde la muerte de Andrés,
Once meses, y ya Inés
Su color ha recobrado.

Tristé está, mas no afligida;
Llora, mas no desolada;
Yo la dejé destocada,
Y ora la encuentro prendida.

Ya llorando no trasnochaba,
Y en contra de su deseo,
Sale, enlutada, al paseo
Melancólico de Atocha.

Ya en su rostro se divisa
Sol de brillantes colores;

Ya me atrevo á echarle flores...
Y le arranco una sonrisa.

Los ojos claros y enjutos
El dolor tenaz no entorna,
Y el cuerpo gentil se adorna
Con mas elegantes lutos.

Al año, ya en el Retiro
Madrid la vuelve á admirar:
Ya su difunto al nombrar
Suple al llanto hondo suspiro.

Y en el espléndido coche
Va, dando treguas al llanto,
Por la tarde al Campo santo,
Y al gran baile por la noche.

La distraccion de sus males
Que aun á sus solas afligen,
Es «triste deber que exigeo
Las conveniencias sociales.»

«Todo, le dije, hija mia,
Lo borra al fin el olvido;
Vuelvo á dejarte y te pido
Cese tu melancolia.

«Tal vez, dijo, un año ó dos
Me vera el mundo reir;
Mas no tardaré en morir;
Con pena te digo adios.

Que aunque mis parientes tratan
De distraerme, y lo intentan,
Los recuerdos me atormentan
Y las memorias me matan.»

Volví al pueblo; me ofreció
Escribirme alguna vez,
Y en ocho meses ó diez
Ni una línea me escribió.

Por fin, al año cumplido
Recibo una carta abierta
Cuyo sobre en mí despierta
Un recuerdo ya perdido...

Y ¡oh funesto desenlace!
¡Oh naturaleza impial!
Lei: «Doña Inés Garcia...
Participa á v.d. su enlace.»

EUSEBIO BLASCO.

MISCELANEA

El caballero D. Florencio Escardó nos ha enviado para su publicacion la composicion que bajo el título de *El Gaucho*, encontrarán nuestros lectores en otro lugar.

Ha sido leida por su autor en una conferencia literaria que hace pocos dias tuvo lugar en Montevideo,

DEBILIDADES HUMANAS—El beodo créese embriagados á cuantos le rodean y hasta los edificios vé bambolearse.

El rico cree que todos comen, y por eso pocos son los que abren su bolsa al hambriento.

El avaro desconfía de cuantos le rodean, porque juzga que todos tienen el mismo afan de atesorar.

El loco juzga á todos faltos de juicio.

Hasta los tontos opinan que no hay quien tenga sentido comun.

El Señor Mendez ha recibido, acompañadas de doscientos pesos moneda corriente, las líneas que van á continuacion.

Tenemos especial encargo de significarle su gratitud á la persona que las ha remitido.

Dicen asi:

Señor Mendez:

Una persona que no es quien escribe estas líneas, desea hacerle ese pequeño regalo.

Acéptelo en nombre de los delicados sentimientos que inspiran su desgracia y su talento, que tan bien ha sabido emplear poniéndolo al servicio de la mas noble y sublime de las artes, la poesia.

Poniéndose á los piés del dulce y sentimental poeta, se despide de Vd.

N. N.

Setiembre 7 de 1881.

—Mira, bien mio, dame tu linda mano; pómela aquí, sobre el corazón. ¿Qué sientes en él?

—¡Ay qué gusto! Siento el porta—monedas casi lleno.

Las últimas composiciones que ha publicado este semanario, pertenecientes á la sentimental poesia: rosarina señorita Celestina Funes, han llamado mucho la atencion.

Justo y merecido es el aplauso que se le tributa; hay en sus versos algo mas que la sonoridad y armonia del ritmo, hay fondo, hay el conocimiento verdadero del corazón humano, del estado social del hombre.

Da á conocer sus elevados pensamientos envolviéndolos con el aliento suave y melancólico de la poesia.

La produccion que hoy publicamos titulada *Crepúsculo*, es una feliz comparacion entre la lucha de la luz con las tinieblas al agonizar el dia y el alma humana en pugna siempre con los ensueños y la realidad de la vida.

No hay duda, la señorita Funes progresa en sus tareas literarias.

El director de este periodico ha recibido una carta de la Señora Eduarda M. de Garcia en momentos en que sus dolencias se han agravado; este es el motivo por el cual no la contesta en el presente número, pero, si como lo deseamos, su salud se lo permite, lo hará en el próximo.

Un alcalde de pueblo, yendo á visitar al gobernador de la provincia, llevó consigo su familia.

—Tengo el honor, le dijo, de presentar á V. S. mi mujer y mi hija, y para que las pueda distinguir, me atrevo á advertirle que la de mas edad es mi mujer.

EL SUICIDIO—El suicidio es el acto de quitarse la vida a sí mismo.

Es indudable que el suicidio es un crimen: 1.º porque el hombre no es dueño sino usufructuario de la vida; 2.º porque priva á la sociedad de un miembro; y 3.º porque el suicida deja siempre su familia sumergida en la amargura y el llanto.

Algunos se empeñan en sostener que el suicidio proviene de la locura, esto es, que todos los que se suicidan están locos. Mas esto está condenado por la esperiencia y el testimonio de los sabios, quienes estan conformes en afirmar que sobre cien casos ochenta son culpables.

La verdadera causa del suicidio, exceptuando rarísimos casos, es la falta de principios religiosos en el entendimiento y de máximas morales en el corazón.

No solamente la inmoralidad del suicidio debe hacernosle aborrecer, sino tambien la bajeza misma de este acto.

Es un error creer que el suicidio es un acto de valor.

Valor es sufrir con resignacion las adversidades de la vida, los reveses de la fortuna; pero suicidarse por no sufrir es una cobardía indigna del hombre.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, SETIEMBRE 25 DE 1881.

UNA TORMENTA DE VERANO

Señor D. G. Mendez.

Distinguido compatriota:

Ha llegado á mi conocimiento, que «El Album del Hogar,» que Vd. dirige, promete para en breve dar uno de mis cuentos. Con este motivo me permito observar á Vd. que no deseo que esa publicacion tenga lugar.

Ignoro, qué leyes de propiedad literaria, tengamos en esta buena patria, donde mucho falta; pero me ocurre debemos tener algo al respecto, al observar las siguientes lineas en la obra del Dr. Zeballos «Viage al pais de los Araucanos.» «Esta obra es propiedad del editor que suscribe y pone sus derechos al amparo del decreto de 30 de Diciembre de 1829.»

Jacobo Peuser.

Siendo yo mi propio editor, pongo, pues, mi libro de Cuentos, bajo el amparo de la cortesía de Vd.

Autor es Vd. como yo y por lo tanto interesado se halla, en que se respete la propiedad del pensamiento, creo ~~mas~~ valiosa que otra de un género mas mercantil.

Aquí pocos compran libros, sean buenos ó sean malos y la literatura dá poca honra y ninguna provecho.

Amparemos recíprocamente los hijos de nuestro ingenio, señor Mendez, solo de esa suerte conseguiremos levantar al artista ante los ojos del público. Si fuera rica regalaría mis obras, no lo soy, por eso las vendo.

Por si acaso algun malicioso imaginara temo la comparacion con Andersen, al negarme como lo hago, á que se publique en la Revista de Vd, uno de mis cuentos, diré que no temo ni desdeno la comparacion con el gran danés.

Nombre magistrat al frente de mi modesta obra—Que yo soy argentina y escribo en lengua española y que como tal, buenos ó malos, mis cuentos son literatura nacional y no traduccion buena ó mala de autores extranjeros, y que las literaturas no se enriquecen ni son, cuando ellas no tienen sino *traductores*.

Mucho decir pudiera, pero prefiero callar y repetir la famosa frase: «Quiero ser juzgada por mis iguales.»—Traducir no es producir y acusa poca virilidad de ingenio.

Yo escribí para los niños, que ellos me lean y me juzguen.

Me repito su compatriota y S. S.

EDUARDA M. DE GARCIA.

Setiembre 12 de 1881.

La carta anterior fué recibida por nosotros en momentos en que nuestras dolencias no nos permitian contestarla. Disminuidas éstas, nos dispusimos á hacerlo en términos que, salvando las consideraciones y el respeto que nos merecen la mujer y la escritora, probaran á la señora Eduarda Mansilla de Garcia, que no solo habia juzgado equivocadamente la intencion que tuvo este periódico, al anunciar la publicacion de uno de sus cuentos, sino tambien que habia contestado á una galantería, con una bofetada.

Impuesto de nuestro propósito un amigo de la señora Mansilla, dirigió á esta, las lineas que van en seguida:

Señora Eduarda M. de Garcia.

Querida amiga:

He tenido noticia de la carta que Vd. ha escrito á Mendez. ¿Porque mostrarse tan terca con el poeta?—Cree Vd. que realmente le irrogaria perjuicio la publicacion de uno de los tantos bonitos cuentos que contiene la coleccion?—No le parece que, por el contrario, le seria un beneficio, pues la lectura de uno estimularia al deseo de componer los demas?

dadosa amiga levante el anatema fulminado.

Su affmo.

E. COLOMBRES.

Setiembre 17 de 1881.

Esas lineas han sido contestadas con la siguiente carta, que á mas de evitarnos el disgusto de reprochar á su autora un proceder que ella misma condena, nos proporciona el placer de saber que la distinguida é ilustrada señora Eduarda M. de Garcia será nuestra colaboradora y que se *considerará feliz, si por El Album del Hogar, penetran sus cuentos en la familia.*

Habla la señora de Garcia:

Señor Don Ernesto Colombres.

Querido Ernesto:

Razon le sobra á Vd: me ha convenido, ó mejor dicho, lo estaba ya.

Pero Vd. lo sabe, soy una nerviosa insoportable y ese dia, dia de nubes, se me habia escapado de su jaula un canarito ingrato, que mucho me encantaba con sus trinos: «se me volaron, pues, los pájaros.»

Dígale Vd. á Mendez, que haga lo que quiera de mis Cuentos. Feliz yo, si por *El Album del Hogar*, penetran ellos en la familia.

Es curioso; yo pensé alguna vez en visitar al poeta doliente, y así se lo dije á Esmeralda su amiguita.

Quien sabe aun...

El tiempo urge, que me espera una amiga.

Va el ejemplar, para Mendez, y para Vd. un *mil gracias*, que gracias á su influencia he sido

EDUARDA.

Sábado 17.

Preparo una sorpresa para «El Album,» en forma de cuento.

El incidente, pues, que ha originado estas cartas se asemeja mucho á ciertas tormentas de verano: ha pasado sin dañar á nadie, dejándonos entrever un nuevo dia de luz y de perfumes, en la promesa de la colaboracion con que se dispone á honrarnos la señora Mansilla de Garcia.

Nos felicitamos de ello.

LA VOZ DE LA CAMPANA

¡Que dulce es en la hora
Del crepúsculo vago de la tarde,
Del bronce estremecido
Oír el acento resonar vibrante!

¡Qué santa y misteriosa
Es esa voz que vibra allá en los aires,
Remedando en sus écos
Las notas de las arpas de los ángeles!

¡Qué trémulos suspiros
De estremecido acorde sollozante,
En el espacio etéreo
El almo son de la campana esparce!

Las brisas vagarosas,
Errantes compañeras de la tarde,
Talvez esos suspiros
Llevan á Dios en su cendal flotante.

¡Oh, cuántas veces, cuántas
A la postrera luz que el sol esparce,
Solitaria vagando
Oí del bronce el resonar vibrante!

¡Cuántas, mi alma triste
Creyó al oír sus vibraciones suaves,
Que eran voces del cielo
Con que al Eden llamábanla los ángeles!

Como en estrecha jaula
Llora su amada libertad el ave,
Mi alma entristecida
Jime en su estrecha, reducida cárcel.

La tierra es muy pequeña,
Por eso aquí su aspiración no cabe;
Ella ambiciona el mundo
Donde la antorcha de los cielos arde.

Por eso cuando escucho
La voz de la oración, allá en la tarde,
Un pensamiento viene
A acariciar mi mente delirante.

¡Ah! pienso, si pudiera
Mi alma romper los lazos de mi carne
Y volar á los cielos
En medio de esas notas tan suaves!

CELESTINA FUNES

LAS ARMONIAS DE LA LUZ

(Continuación)

Otras veces, seguía con interés la marcha de un bote de pescadores que se acercaba silencioso á la playa, deslizán-

dose sobre las aguas con la elegancia de una ave marina. La tarde tiene en sí misma la poderosa facultad de subyugar el espíritu y la materia misma hasta llevarlas á su nivel fótico. Los árboles se recojen, las aguas se tranquilizan, los pájaros callan, el aire se reposa, la atmósfera se serena y en el fondo del alma se adormecen las pasiones que han vibrado en el día, levantándose suavemente una nube mágica que viene henchida de recuerdos, tristes, pero no amargos. En nuestras llanuras, nada comparable al anochecer; aun en el seno de la familia, la influencia irresistible de la naturaleza se hace sentir y cuando las primeras estrellas empiezan á salpicar el firmamento, todo calla, todo se adormece, desde el corderillo que se acoge á la madre hasta el hombre que se arranca á la realidad para solo vivir en su memoria...

Una de esas tardes, ví llegar á la playa una pequeña embarcación de las que se emplean para ir á Sorrento y sus alrededores; cuando se detuvo junto al embarcadero, que era la playa misma, donde el botecillo encalló, ví descender un hombre como de unos cincuenta años de edad, de dulce y triste fisonomía, que con exquisita solicitud casi levantaba en peso á una niña que parecía tener diez y seis años, para depositarla suavemente en la arena. Un ligero movimiento del bote hizo perder el equilibrio al anciano y su brazo libre se agitó, buscando instintivamente un punto de apoyo: me encontraba á dos pasos, me adelanté y tendí la mano. En tierra ya, el caballero me agradeció mi oportuna ayuda con algunas palabras corteses y la niña me saludó con una expresión que no podría calificar de sonrisa, pero que indudablemente era un esfuerzo en ese sentido. Nada más fugaz que la expresión pasajera, instantánea, de la fisonomía, bajo la influencia de un incidente cualquiera; sin embargo, nunca he olvidado ni olvidaré la tristeza infinita, profunda, de la cara de aquella criatura. . .

Pagados los barqueros, el anciano dió el brazo á la niña y empezó á caminar lentamente en dirección á la ciudad. Era mi camino; me puse á su lado y pregunté si mi compañía sería modesta.

El anciano me miró y con cierta expresión vaga de contrariedad, dióse vuelta hácia mí y me contestó, de manera á que la niña no viera su rostro mientras hablaba:

—No, señor. Solamente, agradecería á

Vd. tuviese la bondad de no dirigir la palabra á mi pobre hija. . . no oye, señor y sufre enormemente cuando por casualidad se le dirigen. A más, su delicada salud me hace temible cualquier contrariedad.

Miré admirando al anciano, en la duda de si era aquel un pretexto para alejarme de la joven ó si realmente me había dicho la verdad. A más, hay ciertos defectos físicos que no inspiran simpatía ó que por lo ménos no revisten el carácter interesante de otros que imponen al alma, á su solo aspecto, una conmiseración respetuosa é inagotable. Nada más profundamente triste que una niña ciega.

Pero la sordera, que habitualmente ataca á las personas en los últimos años de la vida, cuando ya les es fácil buscar compensación al comercio intelectual de que se ven privadas, en el mundo de sus recuerdos, no produce la misma impresión.

Sin embargo, aquella niña inspiraba un sentimiento de profunda piedad, al par que despertaba una curiosidad ardiente; delgada, con un cuerpo que habría sido admirable sin su excesiva flacura, alta, de rostro demacrado, ojos grandes, abiertos, nadando en una expresión indefinible, mezcla de desden y desesperación, todo en ella imponía: era imposible mirarla con indiferencia.

Me incliné ante la observación del anciano y continuamos nuestro camino hasta las primeras casas de la ciudad, cuyas calles empezaban ya á iluminarse y á despertar del letargo de la tarde. Habíamos hablado largo rato sobre la vida napolitana, cayendo insensiblemente en asuntos más personales. Cuando le dije la razón de mi permanencia al pié del Vesubio, cuando supo que vivía bajo el peso de una sentencia de muerte, pareció desvanecerse la máscara de frialdad que había cubierto su rostro; me miró con atención y empleando palabras de consuelo, me alentó á persistir en mi empeño de sustraerme á una muerte prematura. Desde entonces me habló con intimidad, desarrollando ante mi espíritu maravillado los tesoros de un pensamiento altísimo, enriquecidos aun por una ilustración excepcional. Llamábase Andrea Tanarotti y hacia solo seis meses que vivía en Nápoles, con su hija Magdalena, que componía toda su familia. Una vez llegados á la ciudad, nos separamos, no sin ántes habernos prometido buscar las ocasiones de hacer más íntima relación. Durante el curso de nuestra conversación,

me había dirigido una sola vez la palabra á Lena, como la llamaba su padre; pero la niña nos había mirado constantemente y aunque sin desplegar sus labios, su fisonomía revelaba que había comprendido lo que hablábamos. Cuando me incliné ante ella en signo de despedida, me tendió la mano y con voz débil pero dulce, me dijo:

—Repetiré á Vd., señor, la palabra con que mi padre me dá diariamente la bendición del despertar; valor y esperanzal

III

Aquel encuentro produjo en mi espíritu una impresión profunda; vivía preocupado y en los incidentes más insignificantes de la vida parecíame encontrar puntos de contacto con las impresiones que me dominaban. Sentía un secreto deseo de volver á ver á Andrea y Lena, pero no me atrevía á buscarlos directamente, porque no me daba cuenta exacta del sentimiento que me impulsaba. Veía en aquel hombre un sosten para mi alma enferma y en Lena una criatura ligada á mí por el vínculo, triste pero sublime, del sufrimiento. Seguía como siempre mis paseos vespertinos, aunque ya los encantos de la tarde, los cuadros bellísimos de la playa y los horizontes vagos del mar, no me ofrecían aquellos atractivos deliciosos que ántes me subyugaban. Empezaba á dejarme dominar por la melancolía, porque en el estado de debilidad intelectual en que me hallaba, la menor contrariedad influía poderosamente sobre mi espíritu.

Un día entré á la biblioteca; tenía necesidad de un dato sobre un punto histórico, indispensable como base de un ligero trabajo en que empleaba algunas horas del día, cuando el fastidio se hacía insoportable. Pocos momentos después de haberme sentado con un libro en la mano, solo en una vasta sala, entró Andrea Tanarotti. Cuando me vió, se dirigió hacia mí y tendiéndome cordialmente la mano, se sentó á mi lado:

—He buscado á Vd., señor, durante los últimos días, en mi paseo de la playa, le dije.

—He tenido á mi pobre hija enferma. Está ya mejor y ella misma se ha empeñado en que veaga á continuar mis investigaciones; he cedido á mi pesar; la he dejado delante de su órgano y espero que eso la distraerá un rato. El día está bello, añadió mirando al cielo.

—El órgano murmuré para mí; pero no era sordo? Andrea pareció comprender

en mi fisonomía el pensamiento que me había asaltado, y con lentitud, con dolor, me habló de esta manera:

—El otro día hice á Vd. un pedido que sin duda alguna le habrá parecido extraño. La simpatía instintiva que siento por Vd. me impone el deber de aclarar ante su espíritu algo que habrá encontrado oscuro. No he tenido más hija que Lena; casada tarde ya, después de una juventud borrascosa, persiguiendo el ideal de todo italiano patriota, la unidad de la patria, pensaba reposarme de las tormentas de mi vida en el seno tranquilo del hogar. Dios.... (y Andrea sonrió de una manera dolorosa) no lo ha querido así. A los dos años de mi unión, Magdalena murió dando á luz á mi pobre hija. Se nos acusa á nosotros, hombres de la ciencia, de profesar doctrinas filosóficas subversivas al orden social: se nos acusa de pregonar el materialismo, el ateísmo y de hundir á la humanidad en la desesperación de la duda. Imbéciles! no comprenden que ante el cadáver de esas criaturas inocentes y puras que caen al principio de la vida, si creyésemos en Dios, habituado como está nuestro pensamiento á la lógica eterna, solo comprenderíamos un Dios sombrío é inconcientel Si Dios rije los mundos, si él dá y quita la vida, si es necesario orar ante su imagen para conservarla, como puede ser un Dios de bondad, sino se ablanda ante el dolor colosal de un corazón sano, ante la desesperación de un espíritu útil á la humanidad? El día que murió mi Magdalena, tuve en el alma un consuelo profundo de no creer en Dios: lo hubiera maldecido!

Andrea calló un momento; ocultó su cabeza venerable entre las manos y su frente se sombreó, como si la ola de los recuerdos amargos hubiera pasado sobre ella. Yo estaba subyugado y oía en silencio.

—Los tres primeros años de la vida de mi hija han sido una lucha sin tregua para arrancarla á la muerte; su constitución es débil, es fermiza y hace cuatro años me he convencido de que tiene una afección profunda al corazón. A la edad de diez años sufrió una larga y penosa enfermedad; mis cuidados incessantes y el auxilio poderoso de la ciencia la devolvieron á la vida; pero cuando se levantó, no oía ya. En el sacudimiento espantoso que había sufrido, todo su organismo se conmovió y el oído se había atropiado completamente. Con un espíritu despierto, una inteligencia

clara y la pasmosa penetración de las criaturas que nacen predestinadas á una muerte prematura, mi pobre hija se ve privada del comercio intelectual....

—Pero, le interrumpí casi involuntariamente, el otro día observé que, al dirigirme aquellas cariñosas palabras, parecía haber comprendido nuestra conversación.

—Habrá Vd. observado que no quitaba sus ojos de nuestros labios. La costumbre le hace adivinar por el movimiento de éstos, la palabra que pronuncian. Sobretudo á mí me es casi innecesario emplear los signos; mirándome al rostro, parece oír. No sucede lo mismo con los extraños y entónces su susceptibilidad, su delicadeza de mujer sufre y es esa la razón de haber pedido á Vd. no se le dirigiera.

—Y no hay esperanza de curarla?

—Ninguna ya y hasta diré á Vd. que esa preocupación ha desaparecido ante otra más grave: siento que la vida de mi hija se disipa como un sueño, siento que un día ú otro al posar mis labios sobre su frente por la mañana, voy á besar un cadáver. He procurado reunir á su alrededor todo lo que pueda distraerla. Lena pinta bastante bien, ha leído muchísimo, ha viajado conmigo y es buscando distracciones á su espíritu que he conseguido realizar para ella el sueño de un fraile del siglo XVIII.

—El sueño de un fraile?...

—No le llamó á Vd. la atención hace un momento el que dijera que había dejado á Lena sentada delante de su órgano?

—En efecto.

—Es simplemente un órgano de colores. Los gozos celestiales de la música, ese supremo consuelo de las almas tristes y enfermas, estaba vedado á mi pobre hija; he querido encontrarle un placer análogo para sus ojos y creo haberlo conseguido, porque el primer día que su mirada atónita se fijó en aquellas maravillosas armonías, en aquellos raudales de luz que se sucedían como las cambiantes de las mil facetas de un brillante colosal herido por el sol de los trópicos, su espíritu se agitó, sus ojos se dilataron y pareció arrancar su alma de la sombría melancolía en que yacía.

No volvía de mi asombro. Un órgano de colores! Aquello me parecía tan extraordinario que necesité recurrir á todo el respeto que inspiraba Andrea para creerle.

—Curioso, curiosísimo!... murmuré.

—Jehan de Castel, amigo, fué uno de

esos frailes sencillos que, desde el fondo de su convento, como Alberto Magno, Rogerio Bacon y tantos otros, preparaban el advenimiento de la ciencia, por medio de estudios profundos, en los que, buscando muchas veces vanas quimeras, como los alquimistas, tropezaban con principios fundamentales que legaban a la posteridad. Nacido en 1688, Castel vivió 69 años, habiendo pasado los últimos cuarenta persiguiendo su ideal, que para los hombres de entonces era una utopía. En 1740 publicó su famosa «Optica de los colores» que contiene principios que hubieran admirado a Newton mismo.

Poco ántes habia visto la luz pública un opúsculo admirable que lleva por título «Nuevas experiencias de óptica y acústica.» (1) Es en ésta última obra que se ha extendido sobre lo que llamó «clavicordio ocular», pretendiendo encontrar en la luz y sus infinitas modificaciones, un filón tan rico en emociones para los sentidos, como en la escala cromática misma. Pasó sus últimos años construyendo su aparato y murió sin conseguir un resultado favorable; aunque convencido de la posibilidad de alcanzar éxito completo.

—Vd. me perdonará, Señor, pero mis estudios en física han sido superficiales; confieso que ignoraba ese curioso detalle. Quisiera Vd. explicarme en que se fundaba Castel?

—Procuraré hacerlo. Vd. sabe que una sustancia infinitamente sutil y elástica llena el mundo entero y penetra los cuerpos mas duros: es el éter. La luz consiste en un sacudimiento imprimido á ésta atmósfera, cuya tenuidad es tal que no incomoda los movimientos de los astros, como el aire ó cualquier otro gas. Toda sustancia que ilumina, hace vibrar este éter y Euler compara el sol á una campana inmensa cuyos movimientos, transmitidos por el éter, obran sobre el nervio óptico como las vibraciones del aire obran sobre el nervio auditivo, sin que jamás la campana ni el sol pierdan nada de su sustancia. Del mismo modo que una piedra arrojada al agua determina pocas ondulaciones cuando ésta es muy espesa, así el sonido, siendo el aire mucho mas denso que el éter, va mucho ménos ligero que la luz; pero ninguna de éstas velocidades es instantánea y la teoría de los movimientos ondulado-

rios, como la experiencia; demuestra que hay estrellas cuya luz emplea cien ó mil años para venir hasta nosotros, de manera que si un astro estuviese destruido, no nos aperibiríamos de su desaparición, hasta cien ó mil años mas tarde. La luz de algunas estrellas tal vez no ha llegado aun hasta nosotros. En fin, cuando una cuerda se estremece, el sonido que produce varia con la rapidez y la amplitud de sus temblores y Vd. sabe que un sonido está en la octava del otro, cuando el primero tiene doble número de vibraciones que el segundo. El éter vibra tambien de un modo muy variable y son esas variaciones las que determinan uno ú otro efecto sobre nuestros ojos.—Sobre éstos principios, el padre Castel hizo su clavicordio, en el que los colores reemplazaban los sonidos, pretendiendo que con algunos pedazos de género, diversamente coloreados y combinados, se podría agrandar á los ojos, como la música agrada á los oídos (1).

(1) Véase «Newton y sus descubrimientos» por «Paul de Rémusat.»

(Continuará.) MIGUEL CANÉ.

MISERIAS

I

Se amaron una vez... los orgullosos.

Sus nombres confundieron:

Pero sus corazones venenosos,

La grandeza de amar, no comprendieron!

II

Los ricos me mostraron deslumbrantes,

Magníficos tesoros:—

Y aunque estaban cubiertos de diamantes,

Vi asomarse la muerte por sus poros!

III

Los felices del mundo, me mostraron

Sus báquicos placeres:

Y lástima ó vergüenza, me inspiraron

Las caricias de impúdicas mujeres!

IV

Y los nobles, mostráronme en secreto,

Sus ráncios pergaminos:

De miserias, su espíritu repleto,

Comprenden su miseria, los mezquinos!

V

Algun día será!... descendaremos:

Y envueltos por la bruma del misterio,

Bajo un pulmo de tierra dormiremos...
Porque á todos iguala el cementerio!

LEOPOLDO DIAZ.

Setiembre de 1861.

PUNTADAS

Señor Director de EL ALBUM DEL HOGAR:

Soy modista y no literata.

Manejo mejor la aguja, que la pluma. No estrañe Vd, pues, que estas líneas vayan mal hilvanadas, y que al concluir un párrafo, en vez de poner un punto, dé una puntada de remate.

No tengo estudio, ni preparacion ninguna para escribir, pero poseo cierta desenvoltura en la lengua y bastante aficion á la chismografía, condiciones excelentes para dedicarse al cultivo de las letras.

En vista de esto, me he decidido á dar estas puntadas, que espero no se negará Vd. á hacer conocer del público. Si ellas tienen aceptación entre los lectores del periódico que Vd. dirige, le mandaré otras, y hasta es muy probable que cambie el arte de cortar vestidos, por el de la literatura.

Ya le he manifestado que tengo disposiciones naturales para ella.

¡Que atrevimiento, dirá Vd; dedicarse á escribir para el público una persona que solamente sabe cortar!

¿Y que mas saben, señor Mendez, muchas de vuestras escritoras?

La única diferencia que existe es, que ellas cortan con la lengua y yo con la tijera.

Y cuando se trate de formar juicio sobre el mérito de una obra ó de sostener una polémica, qué hará?—me preguntará Vd.

Formar juicio y sostener la polémica citando autores que haya oido nombrar.

Y si trato de probar que una obra no sirve, un libro de cuentos por ejemplo, diré que estos no valen nada por que hay otros que son mejores.

¿No le parece á Vd. que me sobran disposiciones para el arte?

Ademas, por la clase de ocupacion que tengo, estoy en aptitud de conocer, no solamente las formas de los cuerpos que visto, sino las almas deformes que animan á muchos de esos cuerpos.

Cuantas veces al confeccionar el traje

(1) Publicado en las «Memoires de Trévoux», Paris, 1735.

de una novia, he llorado como si estuviera haciendo una mortaja!

Ella me ha preguntado si sufría por su felicidad, y mi corazón le ha contestado en silencio, que lloraba por el honor del que iba á ser su esposo.

Cuantas guirnaldas, que yo he formado de azahares, he visto en la frente de algunos hombres, convertidas en coronas de espinas!

Cuantas esposas se han cortado delante de mí el cabello, para que formara con él, en los pañuelos que les habían regalado sus maridos la noche de las bodas, el nombre de sus amantes.

Oh! en la tienda de una modista no falta tema sobre que escribir.

Yo estoy todos los días rodeada de artistas que en el teatro del mundo desempeñan diversos papeles.

De elegantes.

De hermosas.

De millonarias.

De castas etc. etc.

A todas las pongo en condiciones de aparentar lo que no son.

Y con mucha facilidad.

Haciéndoles un traje.

Les doy hasta las formas que no tienen.

El algodón me ayuda mucho en este caso.

Ya vé Vd, señor Director, que con las condiciones que poseo en mi arte, bien puedo dedicarme á la literatura.

Todo se reduce á saber *cortar*.

Yo, que soy capaz de formar de un cuerpo defectuoso uno perfecto y de convertir la frente de una ramera en la de una virgen, sin mas trabajo que el que se requiere para tejer una corona de azahares y prender un velo blanco, cómo no he de poder escribir un artículo?

Creo que sí.

Conozco, además, á casi todas las niñas de Buenos Aires, así como á la mayor parte de los jóvenes que les inspiran simpatías, empezando por su amigo el Doctor. . . . quien (á semejanza del *teru-teru*) estando formando el nido del matrimonio en la calle Paraná, vá á la del Uruguay á lanzar el grito de su pasión; y concluyendo por su colega el Doctor L. . . que aun que no grita, tiene también su nido.

No hay una historia de amor, que no conozca, así como no hay una mujer á quien no le haya bordado una liga ó respuntado una camisa.

No había de faltarme sobre que escribir

La composición que le ha dedicado Adolfo Mitre á la dueña de un vestido de raso lila que concluí ayer, por ejemplo, y las calabazas que le ha dado R. . . a Juñio Fernandez, me ofrecerian tema bastante para *zurcir* unas veinte crónicas.

Estoy decidida, señor Director, á dar semanalmente para su «Album» algunas puntadas literarias, si Vd. me publica estas, se entiende.

Quiero trocar la aguja por la pluma.

Coser con ideas en vez de hilo.

Pespuntar en el papel, no en el bramante.

En una palabra: quiero ser escritora!

Y he de serlo, porque tengo notables disposiciones para ello.

Me gusta la chismografía y sé *cortar*!

UNA MODISTA.

Setiembre de 1881.

FRAGMENTO

(TRADUCIDO DEL HEBREO)

La mies cogida en el país de Elrain, por las delicadas manos de Ruth la moabita, no tenía el dorado brillo de tu blonda cabellera.

La púrpura de Tiro que teñía de escarlata el manto de los que reinaban en el trono de Salomon, pálida se volvería ante el rojo de tus amados labios.

El aroma que perfumaba el templo del Señor, en los días de gloria del pueblo de Moisés, carecía de la suavidad de tu aliento, y las perlas de la Reina de Saba, no igualan en belleza á las que deja ver una de tus sonrisas.

Y el oro, y las piedras preciosas todas del Tharsis, no brillan mas agradablemente á los ojos del avaro, que á los míos el resplandor de tu mirada.

Y el marfil de Hiram, no es tan blanco que iguale la blancura de tu rostro, y el azulado cielo del Libauo no es tan puro como el azul de tus ojos cuando hacen palpitar mi corazón de temor y de esperanza.

Dos cosas temo: que dejes de sonreír y la cólera de Jehoyah.

OTHONIEL—de la tribu de Benjamin.

Setiembre de 1881.

ANHELO

I

Cuando la noche termina
—y con ella mi martirio,
y el insomnio de mi idea
surje de su negro abismo,
y esfolcados haces de oro
lanzan esplendente brillo,
y canarios y jilgueros
elevan sus dulces trinos;
sabes,—tesoro de mi alma—
lo que solamente ansío?
Que al despertarte la aurora
mi nombre arrulle á tu oído!

II

Cuando el sol esplendoroso
llega en médio á su camino,
y aquí, y allí voltejean
mi! pintados pajarillos,
y luz, y aroma, y belleza,
resplandores y sonidos:
todo,—con dulces acentos—
me recuerda tus hechizos;
sabes,—tesoro de mi alma,—
lo que solamente ansío?
Que el céfiro al deslizarse
deje mi nombre en tu oído! . .

III

Cuando incendia el horizonte
del sol el muriente brillo,
y las nubes se coloran
de reflejos purpurinos,
y el vaile y sus hondonadas
vuelven á quedar sombríos,
y pliegan las margaritas
su cáliz sensible y tímido;
sabes,—tesoro de mi alma,—
lo que solamente ansío?
Que la brisa de la tarde
mi nombre lleve á tu oído!

IV

Cuando la noche callada
estiéndose en su dominio,
y desvelado, en mi lecho,
en cruel insomnio me agito,
y dudas y decepciones
de la Fé nublan el brillo,
y escucho de la campana

doce lúgubres tañidos;
¿sabes, tesoro de mi alma,
lo que solamente ansío?
(Que amante tu pensamiento
te obligue á soñar conmigo!'

F. SOTO Y CALVO.

Setiembre de 1881.

LÁGRIMAS

La ola del mar se estrella contra las rocas, y vuelve suspirando á morir sobre la arena de la playa.

El corazón humano como esa ola, se levanta agitado por un mundo de esperanzas, y al chocar contra su propio destino retrocede, y muere en brazos del desencanto.

Entonces, como buhos, buscamos la soledad y la sombra para ocultar al mundo nuestro tormento.

Vencida por el infortunio, no pudiendo renegar de Dios, porque es un crimen, busca el alma un ser á quien dirigir sus maldiciones, y en su desesperación solo halla un nombre: este nombre es el destino.

Y en ese instante solemne, en que incha desesperada la virtud con nuestro propio dolor, cuando talvez vamos á esclamar con el desgraciado Job, «pe rezca el día en que nací y la noche en que se dijo, concebido ha sido un hombre,» vienen las lágrimas, como una bendición del cielo, para apagar el incendio de nuestro pecho.

Felices los que al llegar á ser hombres pueden decir: aun tienen lágrimas mis ojos para combatir el infortunio.

Felices los que á esa edad, todavía pueden poner la mano sobre el corazón para sentir su generoso latido.

Dichosos los que nunca desesperaron; los que jamás esclamaron con Byron: «no puedo cantar: el soplo divino no desciende sobre mi frente maldita.»

Las lágrimas son una necesidad de nuestra naturaleza contingente. ¿Quién no ha llorado? Mostradme ese hombre; yo le adoraré, por que es un dios.

El vate, que en alas de su jénio remonta los espacios, y que con la inquietud del pensamiento penetra en el santuario de los dioses, ha llorado.

Después de trecientas generaciones lle-

gan hasta nuestros oídos, como eco de ultratumba, como armonía perdida en la inmensidad del espacio y del tiempo, como voz poderosa que viene debilitándose, los nombres de Virgilio, del Dante y del Petrarca.

Y al leer los cantos del ciego de Esmirna ¿quién no ha creído ver un dios que, sentado sobre los muros de Troya, presencia llorando el combate de los hombres?

No maldigais las lágrimas.

Ellas son el bálsamo que templó los ardores de nuestro pecho; ellas son el rocío de la mañana que cae sobre la abrasada flor para darle vida.

Nuestros padres errantes y proscritos, solo tuvieron para legarnos luto al alma, pesares al corazón; y el cielo, compadecido, no quiso que se secaran nuestras pupilas.

En dolor es concebido el hombre; por eso cuando las auras de la mañanaorean su frente, hondo y prolongado gemido parte del fondo de su pecho; por eso, bañados en lágrimas nos reciben nuestras madres en sus brazos; por eso, bañados en lágrimas nos despedimos por última vez de la tierra.

No maldigais las lágrimas; ellas no son un castigo, son una bendición.

Son la tabla que, flotante sobre las olas, ofrece al naufrago la vida.

Son las secretas mensajeras entre la criatura y el Criador.

Son la escala de piedras brillantadas que en sueños envió Jacob, por donde bajaban los ángeles del cielo para llevar sobre sus alas de nácar las plegarias de los hombres.

Después de la gran tragedia paradisiaca, Dios dijo á Adán: «comerás el pan con el sudor de tu rostro y no se secarán las lágrimas de tus ojos.»

Las desgracias han venido sobre los pueblos, cuando los hombres han dejado de llorar.

Sodoma, la impúdica, se habría librado de las llamas si hubiese tenido tres justos: es decir, tres hombres que hubiesen llorado.

El pueblo hebreo quedó sin Dios, sin patria y sin templo, cuando dejó de oír la voz de los profetas que le mandaban llorar; cayó vencido, prisionero; colgó sus harpas dolientes, de los sauces babilónicos, y las lágrimas fueron el rescate de su cautiverio.

Y Jerusalén, la ciudad decidida, si hubiese llorado, no habría visto cumplirse la

palabras del profeta: «no quedará de tí piedra sobre piedra, y tus hijos errantes jamás formarán un pueblo.

No maldigais las lágrimas, ni apeleis al destino para explicar vuestra desgracia.

El destino no es otra cosa que las pasiones del hombre que se desbordan, que la libertad que no encuentra límites; no es un ser que se agita sobre nuestra cabeza y se complace en nuestros dolores.

No; el destino son nuestros mismos actos.

Caton se venga de César arrojándole su cadáver en el camino de sus conquistas; ¿es acaso el destino quien ha armado el brazo de este grande hombre con el puñal del suicida? no; si así fuere, la libertad sería un sueño.

Es el amor á la República que sucumbe á los golpes del despotismo; odia la vida si ella le impone la dura condición de ver á su patria esclava.

César muere asesinado por sus amigos; ¿es el destino? no; son muchos años de ruda tiranía.

Bruto predica la libertad; el pueblo se levanta contra los reyes, y sucumbe la dinastía de los Tarquinos; ¿es el destino? no; son los crímenes de ese hombre.

El crimen es el desorden; por eso ha dicho muy bien Donoso Cortés: Él presidió los funerales de Babilonia, la de los ostentosos jardines de Nínive, la exelsa de Persépolis, la hija del sol; de Méfis, la de los hondos misterios; de Sodoma, la impúdica; de Atenas, la cómica; de Jerusalén, la ingrata; de Roma, la grauda.

El crimen es la causa de nuestros dolores, y las lágrimas son el símbolo tierno de nuestro arrepentimiento; por eso las lágrimas tranquilizan la conciencia y nos vuelven la alegría perdida.

YOPRE.

Setiembre de 1881.

ARCO-IRIS

Muchos hablan pestes, y yo mismo, algunas veces he criticado el lujo en las mujeres

Al escándalo, se grita,—las buenas costumbres, las sencillas costumbres, las salvadoras costumbres,—en fin se traen á cuento todas las costumbres imaginables y no imaginadas, para agregar luego un tono enfático, que la sociedad vá al abismo, que se desquicia, etc, etc.

Como la vida es un eterno carnaval

en que todos andan disfrazados, moralistas hay, tan rigurosos á este respecto, que si las mujeres fueran á seguir sus consejos tendrían que andar por las calles, así como Eva por el paraíso, ántes de gustar la fruta prohibida.

Para esta clase de señores todo es derroche y lujo.

El sombrero, ¿qué necesidad hay del sombrero? dicen.

El vestido con los cortes y pliegues que tiene ¿no es un gusto estúpido?

Si es para resguardarse de las inclemencias del clima basta y sobra con una bolsa de luna burda con tres agujeros á guisa de camisa de mujer.

El corsé... solo sirve para preparar el camino á la tisis.

Los botines para hacer salir callos.

Las joyas para arruinar á los maridos.

Y así siguen en una pesada enumeración.

¿Qué sería de la suerte de las mujeres si fueran á seguir los consejos de estos Luteros de la moda?

Tengo hecha una observación que es digna de mencionarse.

Y como aquí viene á pelo... no postizo, voy á desembucharla.

Sea hombre ó mujer el ó la que hable mal de la moda, no hay duda que su oposición nace de la falta de medios en que se encuentra para seguir los mandatos caprichosos de esa tirana.

Lo mismo sucede en política.

No hay ejemplo hasta ahora de un diario de oposición que haya encontrado aceptable un proyecto del gobierno, ni gobierno que haya dejado de defender como inmejorables sus propias determinaciones.

He observado también que los ataques á la moda solo son en teoría, y cuando mas, solo alcanzan á un tercero.

Nunca son para la conducta propia.

Se critica al vecino, á la vecina, hasta se les calumnia con suposiciones maliciosas, pero las *lengüitas largas* no ven jamás la viga en el ojo chispeante de envidia para ver la paja en el ageno.

Si un prójimo inofensivo viste bien no falta un comedido que comente el hecho de esta ó parecida manera:

—Cómo ha petchado fulano; pero no

toca el piano, y el comedido acompaña estas últimas palabras tecleando en el aire los cinco dedos de la mano derecha, salvo que sea surdo ó mudo de la pata, ¿ustedes comprenden?

Si el blanco de la murmuración es una mujer, se dice:

—Miren la orgullosa tan relamida: ¿de donde saldrán esos misos? Pero á que devanarse los sesos, si la han visto en... por ahí... pues... la cosa se explica. O bien: Fulano visita... ese mason... «con muy buenas intenciones» y se recalcan estas palabras.

Verdaderamente la sociedad está plé-tórica de almas caritativas.

No hay cosa mas infame, en mi opinión, que llevar la duda sobre la virtud de las mujeres.

Pero en estas obras pias los hombres no tienen un comino de culpa comparado con la que pesa sobre los labios de las mujeres.

No sé como calificar, para hacerlo con propiedad, las críticas que las mujeres hacen respectivamente una de otra.

Sacaræ el cuero, sería suave.

Digamos entonces que se *despialan*.

Pues señor, todo tiene su explicación en este pícaro mundo en el que hay, á despecho de murmuradores de ambos sexos, mujeres virtuosas y hombres honrados.

Bien es verdad que para encontrar algunos ejemplares de estas cotufas en el golfo hay que pedir por un momento á Diógenes la linterna con que se paseaba por las calles de Siracusa, pero buscando se encuentra.

Para concluir, pues, voy á darles la explicación de como personas sin fortuna visten á la *dernier mode*.

Empecemos por las mujeres.

Hay entre estas algunas que son el espíritu de la inventiva.

Un mismo traje lo dan vuelta infinidad de veces, le hacen buches, pliegues, le zurcen el ruedo, en una palabra, lo transforman cada mes y de tal manera, á veces, que las mismas vecinas se engañan, lo que es llevar el arte á su límite extremo, porque para que se confunda una vecina en estos negocios se necesita el talento mas prodigioso.

Es la verdad. Mas vé una vecina curiosa abocada á la persiana de su reja que

copio del Observatorio astronómico de Córdoba.

Entre vecinas es difícil que haya misterios.

Se descubren recíprocamente hasta el día que estrenan botines y llevan la cuenta de cuanto les duran aunque no se traten.

Conozco mujeres hacendosas que han hecho heroicamente *la parada* en cinco años con un solo vestido.

Y sin embargo, no han dejado un solo día de andar á la moda.

Descociendo el vestido y rehaciéndolo en una noche y cada seis meses guardando cama por una semana para mandarlo refinar.

Pasemos á los hombres.

En pocas palabras explicaré la existencia de tantos dandys.

Hay en la calle 25 de Mayo núm. 177 un establecimiento conocido con el nombre de A LAS TRES BOLAS.

Este negocio lo fundó *monsieur Alexandre*, se enriqueció en él y luego lo traspasó á sus actuales propietarios los *monsieurs P. F. Hoffmann et Cie*.

Veamos en que negocia la casa *A las tres bolas*.

En el frente de la casa tiene un letrero, que dice así: *On loue des habits pour soirée*, que traducido quiere decir: se alquilan trajes para baile.

A la entrada del establecimiento hay siempre un manequí vestido con pantalón negro, chaleco blanco con cadena dorada que guarda mal en el bolsillo una llave mohosa, levita negra, y coronando esta obra monumental ó efigie diputadesca, un sombrero de copa alta y al lado, reclinada dulcemente, una varita

esperando la mano de dandy que sabe manejarla.

El manequí cerca del hombro tiene un rótulo con letras de fardo, donde se lee: *Todo el traje por treinta pesos.*

Después de estas raras revelaciones que les he hecho, espero no vayan ustedes á suponer que estas líneas sean el pago anticipado del alquiler de un traje para seducir viejas ricas.

Faltaría el lente y la flor en el pecho.

Entonces el manequí estaría *irresistible*.

Ya saben mis pícaras lectoras,—cuando se estacionen muchos jóvenes en la esquina;

LA PAZ EN LA CUNA.

Tendido en su lecho
 El niño sufría;
 En llanto deshecho —
 El padre moría.
 La madre le vela
 Con amante afán:
 Triste el niño á los dos los contempla;
 Mirándole está.
 La madre al esposo
 Tiempo há que no mira:
 De amor desdenoso
 La ausencia suspira;
 El padre á la esposa
 Tiempo há que no ve,
 Y á los dos los separan quebrantos
 De sólida fe.
 El niño en su lecho
 Los nombra y los llama,
 Con ayes del pecho
 Que á entrambos los ama.
 Los dos acudieron
 Su llanto al oír,
 Y allí ya, sin mirarse á la cara,
 Le escuchan gemir.
 Con tímidos ojos
 A entrambos mirando,
 Los mudos enojos
 Está adivinando.
 La pena que siente
 No sabe expresar,
 Que en su infancia, infeliz, solo sabe
 Reír ó llorar!
 Les mira, y comprende
 Que entrambos le añoran
 Y al par les ofende
 Mirarse, y que lloran
 Con llanto de hiel,
 Y no entiende si lloran sus odios...
 O lloran por él.
 De un lado á otro lado
 Se vuelve y suspira;
 Doliente y callado
 Y amante les mira.
 Su dulce mirada
 Les hace sufrir...
 Y la vista clavando en el suelo,
 Se siente morir.
 Tenaz calentura
 Voraz le devora;
 Ya un ¡ay! no murmura,
 Ni gime ni llora;
 Sus ávidos ojos
 Abiertos están,
 Y en el cielo fijándose, dicen:
 ¡Señor que temblan!
 Volvió en sí la esposa

Y alzó la mirada:
 Con otra enojosa
 Cruzóse y airada.
 Sonaron las alas
 Del bien que voló...
 ¡Ay! el niño temblando de miedo
 Los ojos cerró.
 Ya el médico viene,
 Su fe les impone,
 La cura previene,
 Remedios dispone;
 Mandado les deja
 Que habrán de mezclar
 Con la fúlgida flor del granado
 La flor de azahar.
 La trémula abuela
 Que andando encorvada
 Agita en silencio
 La frente arrugada,
 Tras hondo suspiro
 Mirando á los dos,
 Dulce olvido, con lágrimas mudas
 Les pide por Dios.
 Le infunden horrores
 Esencias y gomas;
 ¡Mejor que dos flores
 Serán dos aromas!
 Más grato en la cuna
 Será confundir
 Dos alientos que engendren un beso
 Que aliente á vivir.
 Los torvos esposos
 Con ansia suspiran,
 En llantos copiosos
 Los ojos se miran.
 Se oyeron las alas
 Del bien que volvió...
 ¡Y el enfermo con dulce sonrisa
 Los ojos abrió!
 ¡Los labios avanzan,
 Los pechos palpitan,
 Los ayes que lanzan
 La atmósfera agitan...
 Del niño en la cuna
 Cayendo á los piés,
 En un beso que nunca se acaba,
 Se funden los tres!

EUSEBIO BLASCO.

CRÓNICA DE LA SEMANA

LA ILUSTRACION ARGENTINA

Esta publicación, la mas interesante de todas las que aparecen en esta ciudad, trae en su último número las líneas que transcribimos á continuación.

Agradecemos á su inteligente-Director sus afectuosas palabras y se las retribuimos con un cariñoso apretón de manos.

Habla el colega:

«Hablemos de las publicaciones en que circula el espíritu de los tiempos nuevos.

Hablemos primeramente de *El Album del Hogar*.

El Director me interrumpe;—Ni de *El Album del Hogar*, ni de Gervasio Mendez.

—Pero, *El Album del Hogar* es la publicación predilecta de las familias.

—No lo niego.

—Y Gervasio Mendez es un poeta.

—Sin duda.

—Y un corazón noble, abnegado... .

—Conforme.

—Y es colaborador de *La Ilustracion*... . honor para el periódico... .

—Es verdad... pero ha de saber Vd. que yo tengo cuentas que arreglar con Gervasio Mendez, y todo lo que Vd. diga, como justísimo homenaje en honor del infortunado como inspirado poeta, no es suficiente para justificarme de haber olvidado, digo mal, de haber retardado el cumplimiento de un deber á que mas que la cortesía, pues de cortés no me precio, el corazón con irresistible impulso me inclinaba. El infortunio me contrista; pero cuando sus víctimas tienen luz en la mente y grandeza en el corazón, cuando sufren y cantan, cuando luchan sin rendirse contra las vicisitudes de la miseria que abate los caracteres mas fuertes, cuando confían, cuando creen, cuando esperan, cuando muestran en los labios, en vez de la queja amarga de la desesperación, la sonrisa ingenua de la resignación valerosa, cuando tienen, como tiene Gervasio Mendez, un alma donde, como en el crisol, el oro se queda y la escoria pasa, ese infortunio se impone al respeto, al cariño y á la admiración. Nada entonces mas grato, nada mas bello que estrechar la mano franca de la amistad con hombres de esa altura. De Gervasio Mendez y de *El Album del Hogar* quiero reservar-me yo la satisfacción de hablar y ya llegará el momento.»

LA SEÑORA DE SAGASTA

Gravemente enferma ha estado nuestra distinguida colaboradora Josefina Pelliza de Sagasta.

Felizmente desde el lunes ha empezado á notar alguna mejoría.

Hacemos votos por su pronto restablecimiento.